

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 435.

SUMARIO.

Banquete dado á los batallones movilizados de la guardia nacional de Nápoles; grabado. — Juan Arolas. — La esperanza y la realidad. — Sus Majestades neerlandesas en Amsterdam; grabados. — Tienda de campaña regalada al rey Victor Manuel; grabado. — Revista de Paris. — A la niña de los ojos negros. — La fuente y el mar. — Expedicion al Cayor y al alto Cosomance; grabados. — Una historia inglesa. — Historia de las modas en Francia desde hace un siglo; grabados. — Juana d'Arc. — Las coronas del rey godo Recesvinto; grabado. — El general Chrzanowski; grabado. — Baile dado en Turin á los diputados italianos; grabado.

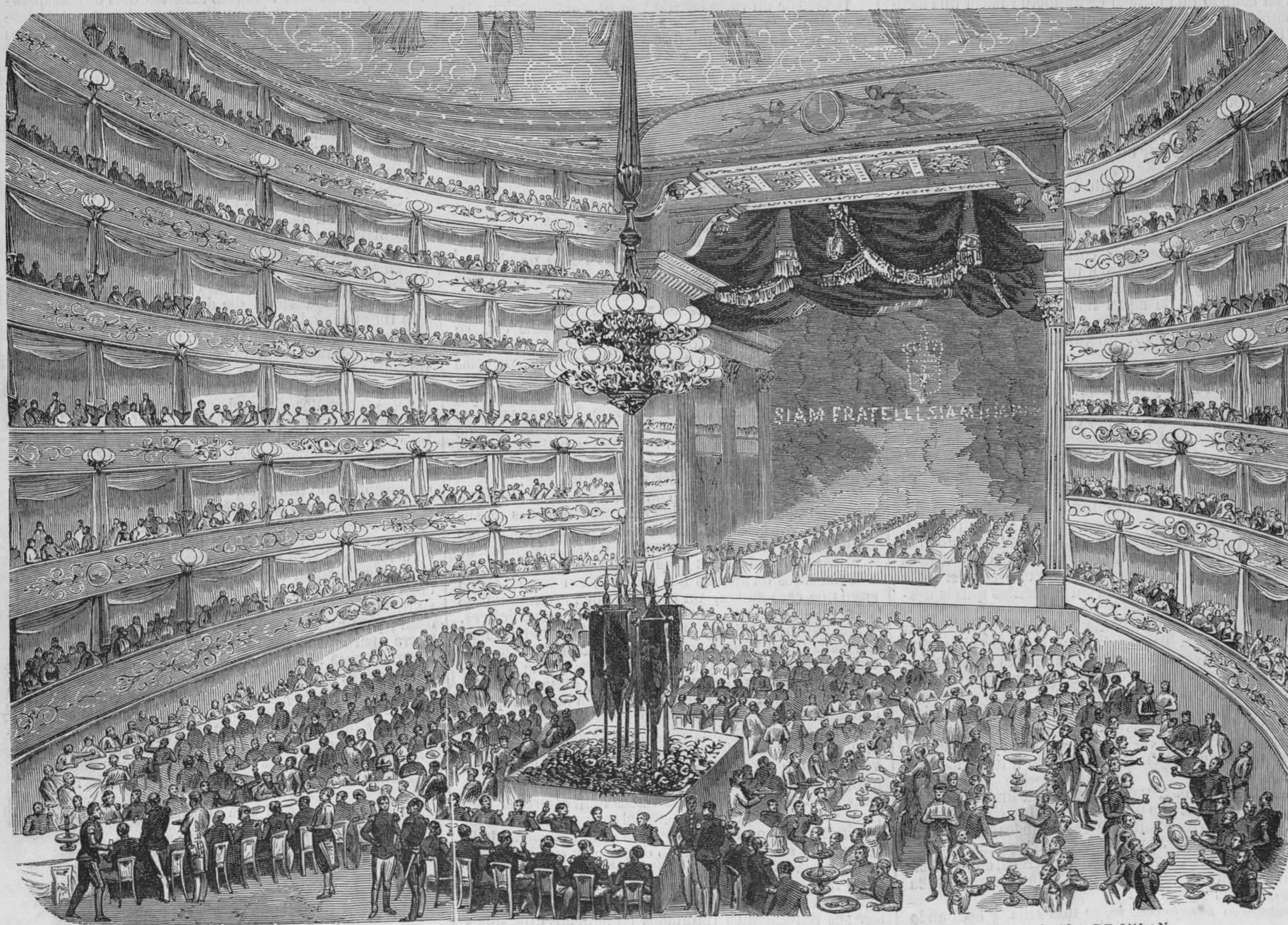
Juan Arolas.

1.

Hijo del hombre, vivir
Es lo mismo que llorar,
Dar tregua al llanto es dormir,
Ser dichoso eso es soñar.

Muchos años, muchos dias de dolor, muchas horas de desesperacion he pasado repitiendo en mi mente tu sencilla pero terrible máxima.

La inmensa amargura que encierran sus palabras me ha dado el valor del sufrimiento y la fe, como inspira á un suicida el deseo de la existencia la vista de un abismo mas profundo que aquel á que pensaba arrojarse. — ¡Y es que á través de la horrible desesperacion de tus ideas te he visto lloroso y creyente, á tí pobre mártir de una extraña fascinacion; á tí, ángel de dulzura y de caridad que hallaste un infierno sobre la tierra! El silencio de tu celda que no deja paso á la armoniosa voz de tu inspiracion, ha helado muchas noches el aliento en mis labios. El estridente ruido de tu carcajada ha hecho latir violentamente mi corazon.



BANQUETE DADO A LOS BATALLONES MOVILIZADOS DE LA GUARDIA NACIONAL DE NAPOLES EN EL TEATRO DE LA SCALA DE MILAN.

No. Martinez

Me he identificado con tus versos, porque responden siempre á mi propio pensamiento: no olvido jamás tus cantos religiosos, porque me enseñan á Dios tan grande como mi razón lo concibe: no aparto de mis ojos tus orientales, porque pintan en mi imaginación el amor fundido en el sentimiento.

Por eso hoy quiero contar tu historia: por eso ansío que el mundo conozca tu inspiración como yo la conozco. Que al tejer con tus lágrimas la que fué tu corona de espinas, adorne tu solitario sepulcro con otro de eternas flores.

Entre tanto vosotros, los que como yo sentís latir dentro de vuestro pecho un corazón lleno de fe, de esperanza y de amor; vosotros los que lloráis con lágrimas ajenas; los que sentís el sufrimiento de un hermano como vuestro propio sufrimiento; los que buscáis en todas partes la poesía de que está llena vuestra alma sin encontrarla en ninguna; escuchad esta historia de un pobre monje, de un desgraciado hijo de la inspiración, de una víctima mas del sufrimiento. Escuchadla y consolaos al saber que existen y han existido dolores mas agudos que los vuestros, consolaos al saber que ha habido lágrimas mas amargas que vuestras lágrimas; pero que estos dolores sentidos con fe, estas lágrimas derramadas sin desesperación han tenido un premio en la tierra que se llama gloria, y otro premio en el cielo que es la inmortalidad.

II.

Terminaba el día mas triste y melancólico del otoño. La naturaleza despojándose de sus estivales adornos, presentaba en el cielo ese calor sombrío que inclina el alma á la meditación y al recuerdo de sus pasadas dichas y pesares.

Un viento impetuoso silbaba por entre los tejados de un solitario convento de escolapios, y á lo lejos se oían los melancólicos sonidos de una campana que llamaba á la oración de la tarde.

Dentro de aquel monasterio reinaba un silencio profundo y aterrador; de vez en cuando se oía el abrir y cerrar de una puerta, viéndose entre tanto alguna figura negra y sombría que cruzaba apresuradamente las largas galerías del claustro para dirigirse á una celda situada en el extremo de un corredor.

Aquella celda de pobre y miserable aspecto estaba alumbrada por la escasa luz de dos velas de cera que ardían á los lados de un crucifijo.

Dos jóvenes religiosos sentados delante de esta divina imagen leían en sus libros de oraciones, dirigiendo de vez en cuando una mirada de inquietud hácia una alcoba cubierta por oscuras y manchadas cortinas.

El silencio de la muerte reinaba en aquella habitación: solo se oía una especie de ronquido muy semejante á la estertorosa respiración de un moribundo.

El reloj del convento acababa de dar sus campanadas, cuyos amortiguados sonidos penetraron en la celda como el eco de un prolongado lamento, cuando se oyó dentro de la alcoba un ruido parecido al que produce el movimiento de un lecho por una sacudida convulsiva del que lo ocupa.

Después de este movimiento todo volvió á quedar en el mismo silencio. La respiración agobiada del enfermo tampoco se oía.

Los monges se levantaron precipitadamente para dirigirse á la alcoba; pero las cortinas de esta se descorrieron de pronto dando paso á un caballero joven todavía y de noble y simpática figura.

Por las megillas de aquel hombre corrían dos lágrimas solitarias.

— ¿Qué ha sucedido? preguntaron los monges con ansiedad.

— El padre Juan Arolas ha muerto: contestó el caballero con voz ronca y señalando el fondo oscuro de la alcoba.

Una exclamación de sorpresa mas bien que de dolor se escapó del pecho de los escolapios, los cuales abandonaron precipitadamente la habitación.

Al cabo de cinco minutos las campanas del monasterio doblaban á muerto.

El caballero solo entre tanto en aquella fúnebre celda, miraba con tristeza sus ennegrecidas y sucias paredes.

— Hé aquí, exclamó con amargura, el recinto que guarda todos los secretos dolores y ocultas amarguras de esa existencia que acaba de terminar; ¡ay! si estas paredes hablaran, nos revelarían tormentos quizás desconocidos en el mundo!

Las luces que ardían delante del crucifijo, dieron en este momento una llamarada á cuyo fulgor pudo distinguir aquel joven unos cuantos números escritos sobre la pared y que representaban estas tres fechas: 1819, 1821 y 1844.

— ¿Qué significa esto? preguntó lleno de admiración y de asombro; las mudas paredes de esta celda ¿quieren acaso responder á mi pensamiento y revelarme un secreto que el pobre mártir ha ocultado á todos los que le amábamos?

Y acercándose mas, vió con dolorosa impresión que aquellas tres fechas que una mano temblorosa había estampado allí, correspondían á tres períodos los mas notables de la vida de Juan Arolas, que aquellas tres fechas representaban los tres acontecimientos, cuya unión formaba la corona de espinas que había desgarrado la frente de aquel mártir.

El caballero se dejó caer sobre una silla, y ocultando la frente entre sus manos, procuró repasar en su me-

moria los dolorosos recuerdos que aquellas tres fechas representaban.

El nos los ha revelado y nosotros los revelamos á todo el mundo.

Escuchadlos.

III.

1819.

Hacia algunos meses que en el retirado monasterio de Peralta de la Sal se había refugiado un joven como de quince años de edad, de un carácter dulce, tierno y cariñoso, el cual vivía siempre retirado y sin tener trato frecuente con sus compañeros.

Este joven pasaba horas enteras encerrado en su celda cuyas ventanas daban al campo, ora leyendo en sus libros de oración y de estudio, ora tocando en un viejo clavicordio dulcísimas melodías de Haydn ó Beethoven sus autores favoritos, ora en fin, siguiendo con vaga mirada el vuelo de las aves que cruzaban aceleradamente por el horizonte.

A aquel joven lo arrastraba allí una verdadera vocación. Para él no existía en el mundo mas carrera, mas porvenir ni mas gloria que el humilde sayal del religioso: para él no existía otra dicha sobre la tierra que vivir eternamente en el claustro junto á los altares de Dios, hácia el cual elevaría diariamente su sencilla y fervorosa plegaria.

En vano sus ancianos padres habían combatido aquella inclinación irresistible; en vano le habían pintado con los mas negros colores las dolorosas consecuencias que resultarian de abrazar aquel estado, en una edad en que el corazón del hombre no está formado todavía.

Pero aquel religioso joven contestaba á todas estas advertencias, á todos estos ruegos, á todos estos consejos con una sola palabra; « el claustro, » decía, y ante su inflexible voluntad, inspirado por la gran fe de un corazón tan puro, la voz de sus padres y amigos enmudecía, porque observaban que era inútil luchar con aquella inclinación que había llegado á ser casi una necesidad en el joven.

El claustro pues le abrió sus puertas, que se cerraron detrás de él como se cierra el sepulcro que ha de contener nuestros restos mortales hasta el día del gran juicio.

Allí pasó tranquilo los primeros días de su noviciado ocupándose exclusivamente en el estudio y la oración. El desgraciado joven era feliz, tan feliz como puede serlo el hombre que alcanza después de inauditos esfuerzos el objeto que era el norte de todos sus deseos.

Esta calma sin embargo duró poco tiempo.

Dotado de un vasto talento y de una imaginación viva y ardiente, encontrándose además en esa edad hermosa de la vida en que el hombre vive de sus sueños é inexperiencia, y en que le acosa un eterno é incesante afán de amor y de gloria, comprendió bien pronto que el estrecho y sombrío recinto de un claustro era un espacio harto reducido para su alma, y que él mismo, cual otro Prometeo, se había ligado á la roca Tarpeya de una eterna desesperación.

Comprendió que hay á cierta edad en el corazón del hombre un vacío, y que es preciso que ese vacío se llene á toda costa.

Así transcurrieron algunos meses, al cabo de los cuales advirtió con dolor que una extraña sensación se había comunicado á todo su ser; que en la celda, en el coro, en la oración y en todas partes sus labios no pronunciaban otra palabra que amor; sus ojos no veían mas que mujeres angelicales de triste y melancólica mirada, de rubias y rizadas cabelleras, que le contemplaban con ternura y sentimiento, y que parecían decirle con su mirada de ángeles: « Nosotras te amamos. »

El desgraciado joven luchaba cuanto podía con estas locas ilusiones, con estas imágenes fascinadoras; pero encontraba tal placer y tal encanto en su aparición, que en vez de repelerlas del pensamiento, muchas veces se complacía en evocarlas, en dirigirles palabras llenas de bondad y de dulzura como si aquellas imágenes, producto de un sueño, de una fascinación, de una locura quizás, pudieran comprender sus sentimientos.

Otras veces horrorizado con estas ideas, se postraba de hinojos ante un altar pidiendo perdón á Dios de sus extravíos, y procurando olvidar en medio de las prácticas religiosas los desordenados sueños de su imaginación.

Entre tanto, el infeliz joven sentía dentro de su corazón todos los tormentos del infierno, sin ver en torno suyo una cara amiga, un corazón que le comprendiese y en quien pudiera hacer la confianza de sus dolores.

Solo, siempre solo, y alentado además por el silencio del claustro, el joven novicio sintió dentro de sí la necesidad de dar expansión á sus sentimientos, de dar forma á las ideas vagas que le asaltaban, la necesidad en fin de desahogar su corazón del exceso de vida que le agobiaba.

Una mañana de primavera, después de haber pasado la noche en medio de la agitación y del insomnio, el joven religioso tomó la pluma y trazó sobre el papel algunos versos que respiraban toda la pasión de que estaba poseída su alma; aquellos versos eran el primer suspiro, la primera queja que exhalaba su pecho dolorido; aquellos versos eran el primer canto de ese poema todo amor, todo sentimiento y todo dulzura, y que se conoce con el nombre de poesías amorosas.

Un rayo de alegría, de esperanza y acaso de consuelo iluminó las dolorosas tinieblas de su alma, cuando pudo leer sus sentimientos retratados en aquellos dulcísimos versos.

Soy poeta, exclamó con orgullo, y desde aquel instante comenzó á parecerle menos triste su vida, menos precaria su suerte, menos sombrías las paredes del claustro, puesto que había encontrado en su inspiración un manantial fecundo é inagotable de consuelos; puesto que había encontrado en su pluma una amiga fiel y obediente que sabía interpretar todos sus sentimientos, todos sus deseos.

El libro de amores, las poesías pastoriles, las cartas amorosas, son las tres colecciones que brotaron las primeras de su fecunda inspiración y que compuso durante los dos años del noviciado, son las pruebas mas relevantes del amor que agobiaba su alma.

Así hubiera transcurrido su vida por mucho tiempo ocupado tan solo en cantar su dolor y sus ansias. Pero la época de su profesión se acercaba, y fué preciso arrancarse á aquella soledad y á la dulzura de aquella poética existencia para trasladarse á otro convento, en el cual debía pronunciar los terribles votos que le separaban para siempre de un mundo que no conocía y al cual ansiaba volar en su pensamiento.

¡Y es que una suerte desgraciada presidía el destino de aquella criatura: es que al nacer, la mano del dolor había marcado su frente con un estigma indestructible: es que su vida estaba destinada por Dios al llanto y á la gloria!

IV.

1821.

El día 23 de agosto de este año, el poeta Juan Arolas pronunció sus votos.

La hermosa capilla del convento de escolapios de Valencia estaba llena de gente que había acudido á presenciar la ceremonia.

El joven se acercó con paso tembloroso y enrojecidos sus ojos por el llanto al pie de los altares, su voz ahogada articuló las palabras de la profesión, y según nos ha referido un testigo de aquella escena, después del solemne acto y cuando se había retirado ya á su celda, le acometió un desmayo mortal.

Tal vez el monje-poeta había exclamado como Espronceda: « Adios encanto, juventud, placeres. »

Tal vez la idea de un porvenir sin goces, sin alegría y sin afanes le había horrorizado.

Tal vez había distinguido al término de aquella vida, sin amor, sin lucha y sin aspiraciones el negro fondo de una tumba.

Entonces comenzaron sus mas grandes padecimientos. Dios solo sabe lo que sufriría el desgraciado poeta desde aquellos instantes; Dios solo sabe los días de desesperación y las noches de insomnio que pasaría revolcándose en su lecho de amargura, lanzando impotentes gemidos de dolor, é invocando nombres queridos que no respondían á su voz amorosa.

Entonces, como el desgraciado que necesita distraer su pensamiento y ahogar en la embriaguez sus propios recuerdos, se dedicó con ardor al estudio y á la enseñanza, pensando sin duda que con esta vida llena de trabajo y actividad lograría arrojar de su imaginación los hermosos ensueños de la juventud.

¡Pero se engañaba!

¡Cuántas noches fija su vista en los sagrados libros de la religión, su mente volaba no obstante por espacios imaginarios; cuántas veces abandonaba la lectura de los santos padres para escribir una oriental, un canto religioso, un romance caballeresco ó una poesía de amor!

¡Pobre Arolas! Los tormentos que sufrió su alma sensible y poética desde el día de la profesión hasta aquel que Dios apagó de un soplo la clara luz de su inteligencia, están envueltos por un velo tan denso, que en vano hemos procurado penetrar con nuestros ojos llenos de un solícito amor y de un cariñoso interés hácia el desgraciado vate.

Estos tormentos sin embargo, se adivinan con solo leer sus hermosas poesías; estos tormentos están allí representados; se ven, se descubren bajo la angelical dulzura de sus pensamientos. Leedlas una á una, no encontrareis en ellas ciertamente esa rabia destructora, ese escepticismo frío y aterrador con que otros poetas han manchado sus obras. No son los cantos llenos de desesperación con que otros vates han maldecido cuanto de mas sagrado existe sobre la tierra, complaciéndose en arrojar á la frente de la humanidad lo abominable y el que destilaba su corazón. No. Arolas creyente en su dolor, dulce hasta en su amargura, religioso hasta en su desesperación, solo abre sus labios para alabar y bendecir; para alabar á Dios del que es su ministro en la tierra; para bendecirlo todo, hasta sus propios sufrimientos; para bendecirlo todo, hasta la corona de espinas que á su frente ciñeron los pesares.

Fe, esperanza y amor: hé aquí las tres grandes ideas que constituyen la síntesis de sus bellísimas concepciones; hé aquí las tres flores únicas que embellecieron el desierto erial de su vida.

¿Quereis convenceros de esta verdad? pues oidle cómo exclama al final de una de sus mejores poesías:

Amad y en el suelo
No habrá mas dolor,
Que amor es el cielo
Y el cielo es amor.
Cread: Dios es grande,
Dios mira, Dios ve,
La duda es la muerte,
La vida es la fe.

Oidle también cómo grita en su fraternidad universal:

Uno es el sol que á todos ilumina,
Uno también el Padre y uno el cielo;
Muros, caed; y el hombre que camina,
No tenga por extraño ningún suelo.

Oidle en fin, cómo exclama al terminar una de sus hermosas poesías religiosas en la cual ha ido enumerando con bellísimo sentimiento los dolores de nuestra vida:

Mas allá de tumba fría,
Mas allá del negro osario,
Existes ¡oh patria mía!
Do no hay muertos ni agonía,
Ni congojas ni sudario.

Estas palabras representan la aspiración incesante de su alma: estas palabras son el grito de alegría que exhala un viajero al distinguir una lejana luz que con su fulgor le anuncia la morada del descanso y del sueño.

Juan Arolas escribió orientales, cantos religiosos que él titulaba armonías, romances caballescicos y poesías de amor; pero en todos estos géneros tan diversos, tan encontrados y tan incoherentes estuvo siempre inspirado, sublime y arrebatador. Las orientales son sin duda las composiciones que han contribuido más á inmortalizar su nombre: pero nosotros, será tal vez un error, tenemos en más estima sus armonías religiosas.

¡Oh! cuando leemos una de esas hermosas producciones, parece que resuenan en nuestros oídos los inspirados cantos de David y de Salomón.

Estas poesías que á costa de terribles disgustos para el poeta, veían la luz pública en los folletines de algún periódico de Valencia, comenzaron á crearle una reputación y una gloria en aquella ciudad que hoy día se ha convertido en un ferviente culto.

Era verdaderamente un espectáculo lleno de interés el que ofrecía aquel pobre religioso, que atada á su cuello la cadena de la esclavitud monástica, exhala sin embargo de su pecho dulces armonías, que llenaban de consuelo y de alegría al más desgarrado corazón.

Todos se interesaban por él, todos leían palpitantes de emoción sus nuevas publicaciones, todos hacían votos fervientes por su dicha y su felicidad.

Un día sin embargo corrió por la ciudad una nueva terrible, una nueva que heló de dolor el corazón de los amigos del poeta: « Juan Arolas, se decía, está loco. »

V.

1844.

Los pesares debían producir necesariamente su fruto. Un día, después de algunos disgustos que no nos atrevemos á referir, comenzaron á notar sus compañeros que en las ideas y actos del desgraciado poeta se había efectuado un cambio terrible.

Ya se sentaba delante de una mesa, y comprimiendo la frente entre sus manos, pasaba horas enteras sin pronunciar una palabra; ya corriendo por su cuarto, prorumpía en dolorosas exclamaciones y en terribles carcajadas; ya doblando sus rodillas y clavando sus ojos en el cielo, parecía elevar á Dios una ferviente plegaria. Así comenzó esa extraña locura, que pocos meses después llegó á su mayor grado de exaltación, poniéndole en el estado de un completo desorden intelectual. A pesar de que había cambiado completamente de ideas y sentimientos, sus extravíos conservaban sin embargo toda la poesía de su corazón; pero una poesía de amor, de sentimiento y de religiosidad. Ora creyéndose un poeta inspirado por Dios cantaba en magníficos versos, que improvisaba á medida que los pronunciaba, la grandeza del Criador, y la belleza de la vida futura: ora creyéndose un monarca poderoso, dictaba leyes á sus vasallos y administraba justicia á los que se la imploraban: ora en fin, trasportándose en alas de su enferma imaginación á las regiones del Oriente, se creía en hermosos y perfumados jardines vestido de riquísimas telas, cubierto de diamantes y rodeado de virginales huríes donde gozaba de todas las delicias que el Corán promete á los verdaderos creyentes.

Nosotros hemos visto al infortunado poeta en esa época tan triste de su vida: nosotros le hemos visto, y á pesar de ser todavía muy niños, á pesar de ignorar todavía la grandeza y la gloria de su nombre, aquella faz pálida y descarnada, aquellos ojos salientes é inyectados, aquella voz ronca, áspera y casi salvaje, aquellas manos crispadas por la desesperación que procuraban en vano retorcer los gruesos barros de su reja, nos han arrancado lágrimas de dolor.

Este fué su estado durante los cuatro años últimos de su existencia. Dios que desde el cielo miraba á aquel mártir con ojos de compasión, envió sobre su cuerpo una enfermedad repentina, que solo en dos días vino á sacarle de este mundo, en el cual halló únicamente pesares, ingratitudes y amargas decepciones.

VI.

Cuando el caballero que había anunciado á los religiosos la muerte de Juan Arolas hubo recorrido en su imaginación todos los acontecimientos que acabamos de

referir, la comunidad entera con el rector á la cabeza entró silenciosa y grave en la celda mortuoria.

— Mirad, exclamó el caballero enseñando á los monjes las tres fechas de la pared: ¿sabeis lo que eso significa?

Los pobres padres no comprendieron absolutamente nada.

— Cada una de esas tres fechas representan un acontecimiento doloroso de la vida de nuestro hermano. La primera es la época de su noviciado, época de sus bellas y queridas ilusiones; la segunda es la de su vida monástica pasada entre el estudio, la poesía y las lágrimas; la última en fin, es la en que fué acometido de esa terrible enfermedad, cuyas consecuencias le han conducido hoy al sepulcro. En esas efemérides de dolor, falta ahora una fecha; la del día en que el ángel recobró sus alas para volar libre é inmortal al cielo que era su patria.

Y cogiendo entre sus manos un pedazo de lápiz, grabó sobre la pared esta fecha: 25 de noviembre de 1849. Hecho esto, aquel hombre que es hoy uno de nuestros mejores literatos y de nuestros más profundos historiadores, salió rápidamente de la fatal habitación, dejando absortos á los religiosos, que no comprendiendo el sentido de sus palabras, se contentaron con entonar un *De profundis*...

Para completar las figuras de este inmenso cuadro de dolor, tal vez crean algunos necesaria la sombra de la crítica. Pero si quereis analizar sus pensamientos, contar los latidos de su corazón, medir los versos que él no media y ajustar las palabras que desordenadamente brotaban de su imaginación, buscad otros Hermsillas que de sobra se encuentran en nuestra patria.

¡El que ha trazado estas líneas solo ha aprendido á sentir!

FELIX PIZCUETA.

La esperanza y la realidad.

JUGUETE.

Hay una dama preciosa
Amada de todo el mundo:
Con afecto sin segundo
Es venerada cual diosa.

Con audacia peregrina
Llega al hombre á poseer,
Y cuando no su mujer,
Se convierte en concubina.

Los hombres de muchos años
También la adoran constantes,
Y hasta los tiernos infantes
Y los tristes hermitaños.

¡Tanto su poder alcanza
Y tanto llega á abarcar,
Y no se debe extrañar,
Pues su nombre es Esperanza!

Con desdenes y cariños
El bien presenta á lo lejos,
Y á los niños hace viejos,
Y á los viejos hace niños.

Amiga de las tristezas,
Nos turba las alegrías,
Y nos acorta los días
Y el bien trueca en asperezas.

Cuando más tristes estamos,
Dulcemente nos abraza,
Y nos besa, y despedaza,
Pues así nos engañamos.

Mas ¡ay! tan dulce beldad
Tiene una hermana querida,
A quien nos cede en la vida,
Y esa hermana es Realidad.

Realidad, dama muy llena
De sensatez y cordura,
Y que no tiene hermosura,
Sino desengaño y pena.

Muy mal con tales hermanas
Nos va en el mundo traidor,
Pues á la dicha y dolor
Juegan al hombre tiranas.

Con la esperanza ideal
El hombre está sin sentido:
Es niño que se ha dormido
A la sombra de un rosal.

En las venturas y amores
Hace como esperamos,
O infelices nos hacemos
Buscando por bien dolores.

No sé por quién decidir
Entre damas tan altivas,
Que tienen siempre cautivas
Las almas hasta el morir.

Franco he de ser en verdad,
Pues prefiero en tal balanza
El morir con la esperanza
A vivir con realidad.

ADOLFO DE CASTRO.

Sus Majestades neerlandesas en Amsterdam.

El rey de Holanda, que habita en la Haya, tiene la costumbre de hacer anualmente una visita á su capital. Este año, queriendo los habitantes de Amsterdam dar á su soberano un testimonio de su gratitud y de su admiración por sus actos de valor en las últimas inundaciones, y por las sumas considerables que ha gastado para socorrer á los infelices inundados, habían preparado una recepción solemne é inusitada. El martes 9 de abril desde las ocho de la mañana, estaban en pie las autoridades de la ciudad y la guardia nacional, aunque el rey no debía llegar hasta la una á la estación del camino de hierro *Holandés*. En toda la población ondeaban las banderas nacionales, y en todas las casas había colgaduras y guirnaldas de flores en los balcones atestados de curiosos. Los canales estaban cubiertos de embarcaciones llenas de adornos, y en ellas se encontraban las poblaciones rurales.

Las autoridades reunidas en la estación recibieron al rey acompañado de la reina, de S. A. R. el príncipe de Orange, del príncipe y la princesa Enrique, y seguidos de los principales personajes de su casa.

El burgomaestre manifestó al rey en un corto discurso los sentimientos de alta admiración y profunda gratitud que S. M. había inspirado; y después de haber oído un cántico alusivo á la fiesta y ejecutado por el *Ams-tels Mannenkoor*, el rey respondió expresando su satisfacción y su afecto particular á la ciudad de Amsterdam.

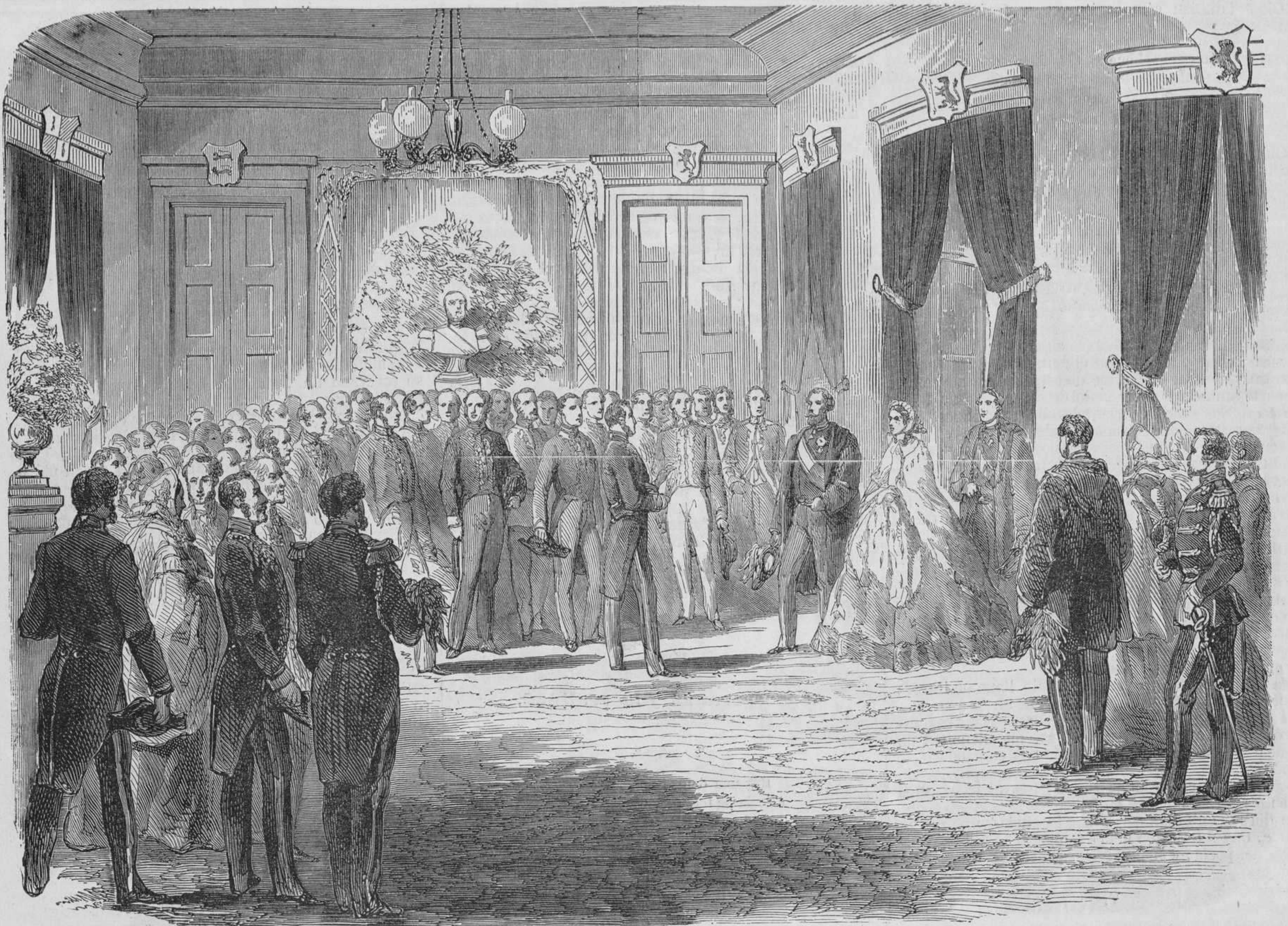
Los augustos personajes dejaron entonces la estación, subieron en coche descubierto, y el cortejo se puso en marcha formado de este modo: un pelotón de dragones, una parte de la guardia de honor, compuesta de personas notables del vecindario; los jinetes que solo habían querido adornarse con el color real, llevaban en el hombro izquierdo una larga agujeta de cinta naranja, con broché de plata en el que se veía la efigie del rey; los caballos con brillantes arreos llevaban el mismo color; seguía el coche del rey, que tenía á la reina á la derecha y al príncipe de Orange enfrente; luego iba el coche del príncipe Enrique y después los de la corte; — la segunda mitad de la guardia de honor, cuatro batallones de la guardia nacional, varias secciones de los condecorados con la cruz de bronce (medalla militar dada á los defensores de Amberes), los estudiantes, los arcabuceros, los ballesteros, las sociedades tipográficas y otras corporaciones, cerrando el cortejo otro pelotón de dragones.

Con dirección al palacio el cortejo recorrió Haarlemmerdijk, los Keisersgrachten, el Botermarkt y la Kalverstraat; y allí, delante de una de las muchas casas de huérfanos de la ciudad, el rey se detuvo á oír un coro cantado por los niños del establecimiento. Llegado al Dam, el cortejo formado delante del palacio fué rodeado por una población entusiasta. El rey, con los miembros de su familia, salió al balcón, saludando conmovido á aquella muchedumbre agradecida que aclamaba á un bienhechor en la persona de su soberano. El rey presenció el desfile.

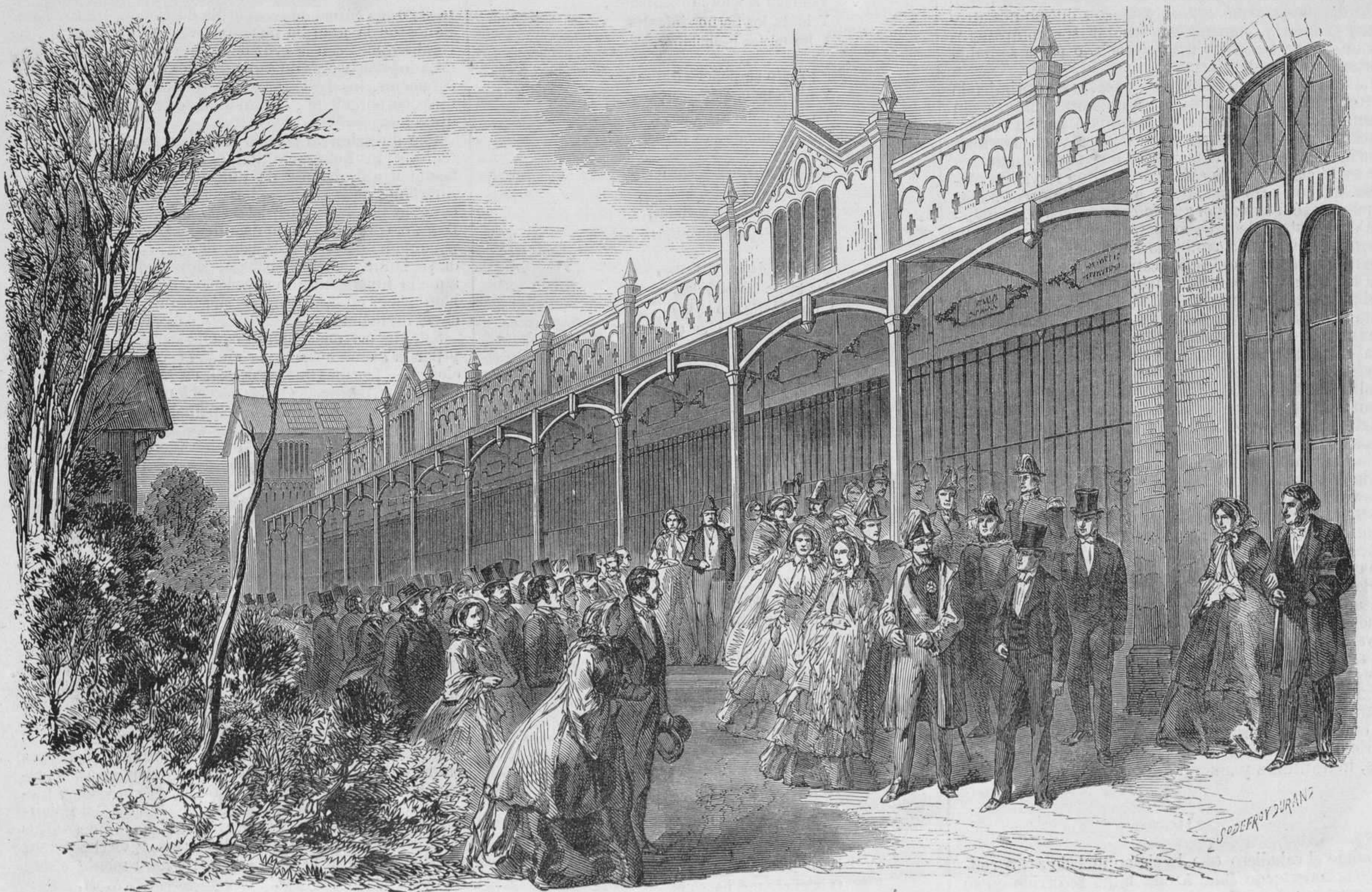
Setenta personas fueron convidadas á la mesa régia, y por la noche hubo en la ciudad espléndidas iluminaciones. — Los días que pasó S. M. en Amsterdam los ocupó por las mañanas en las recepciones oficiales, y por las tardes en visitas á los principales establecimientos públicos y privados.

El domingo 14 el rey y la reina fueron al jardín zoológico de la sociedad *Natura artis magistra*. Este establecimiento es uno de los más hermosos y ricos de Europa, y es objeto de admiración por parte de todos los extranjeros. El rey y la reina fueron recibidos por los miembros de la sociedad con el entusiasmo que se había manifestado en los días anteriores cuando el rey visitó otros establecimientos de Amsterdam. En suma, las fiestas de este año dejarán memoria, aunque por desgracia se vieron turbadas por las deplorables noticias recibidas de las Indias.

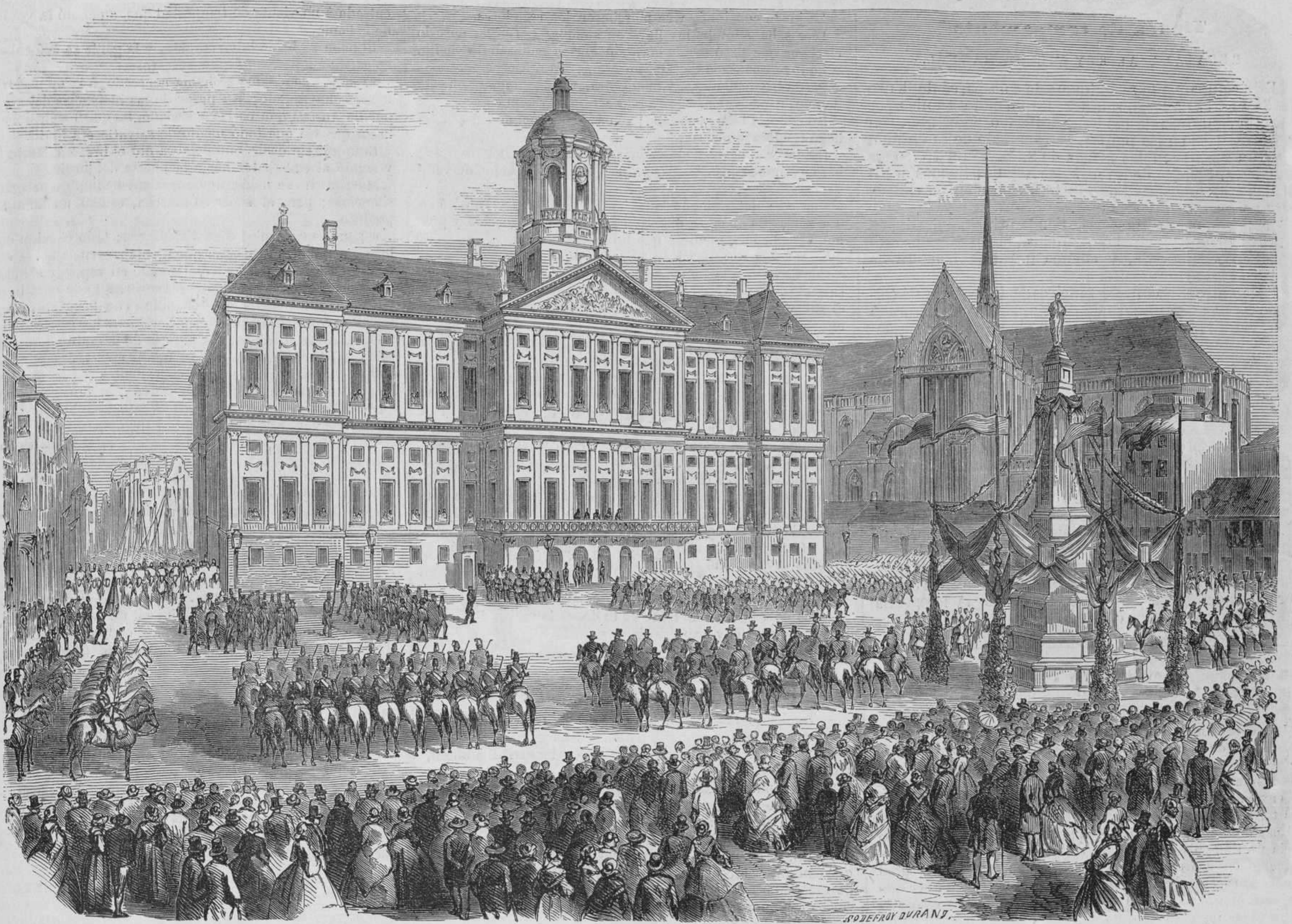
Se ha sabido que la inundación ha hecho grandes estragos en Sorakata. Esta inundación ha sido causada por la crecida del río de Solo. El agua llegó á la altura de dos metros sobre el nivel más alto, y provisiones, mercancías, muebles de los habitantes, todo ha sido arrasado. Muchas personas han perecido, así como muchos caballos. El gobernador general de las Indias holandesas ha dado dos millones de francos para atender á las primeras necesidades, y en las colonias, así como en la metrópoli, se ha abierto una suscripción general. La Holanda, que tanto ha hecho para reparar las pérdidas de las inundaciones que han tenido lugar este invierno en sus provincias del Norte y del Oeste, no hará menos ahora en favor de sus colonias. A. M.



LLEGADA DE GUILLERMO III DE HOLANDA A LA ESTACION DEL FERRO-CARRIL HOLANDES EN AMSTERDAM.



VISITA DEL REY AL JARDIN ZOOLOGICO DE AMSTERDAM.



DESFILE DEL CORTEJO REAL DELANTE DEL PALACIO DE S. M. GUILLERMO III EN AMSTERDAM.



TIENDA DE CAMPAÑA REGALADA A S. M. VICTOR MANUEL POR LAS SEÑORAS DE NAPOLES.

Tienda de campamento

REGALADA AL REY VICTOR MANUEL.

Este campamento se compone de una pared de lienzo de 54 metros de largo sobre 24 de ancho, sostenida por sesenta columnas de madera, imitación de bambú, con bolas doradas en las puntas. A cada lado de la entrada hay un mástil con las armas de S. M. y un trofeo de banderas. Delante de los mástiles hay dos tiendas destinadas á los guardias. Sus muebles consisten en camas, sillas y mesas muy sencillas.

En medio del recinto está la tienda principal destinada al rey: tiene 12 metros de diámetro, en su exterior está ricamente galoneada, y encima hay una bandera de seda con las armas reales.

Por dentro el salón, de 7 metros de diámetro, está colgado de moaré antiguo azul celeste, ricamente decorado con blasones bordados y pasamanería de seda; los muebles son de palo de rosa. Los colores y los muebles se armonizan con las colgaduras; están destinados á dormitorios, tocador y despacho para el rey y su edecán.

Las dos tiendas que se encuentran á los lados de la principal tienen 8 metros de diámetro; la una está destinada al estado mayor, y la otra á la servidumbre; exteriormente presentan los adornos de la otra, y por dentro están colgadas de tela de lana. Los muebles que se componen de camas, sillas y mesas, son de imitación de bambú, con la misma tela de la colgadura.

Este campamento ha sido hecho y suministrado por M. W. Walcker, discípulo y sucesor de M. A. Godillot, en el bazar de la calle de la Paix en París. M. Walcker ha debido ir á Nápoles para levantar el campamento en el castillo de Capítomonte, situado en una altura de las cercanías de Nápoles, donde se ha sacado la fotografía que reproduce nuestro dibujo.

Revista de París.

Las diversiones de invierno han llegado á su fin. Los últimos bailes de la temporada no han merecido otra cosa á la crónica semanal que una simple mención á la ligera. En el día los parisienses no se ocupan mas que de sus acostumbradas excursiones al extranjero, al campo, á los establecimientos termales de Bélgica, de Alemania, de los Pirineos. Hace un par de meses se temía que la primavera del año actual no sería un tiempo propicio para esos viajes que la moda, implacable en sus exigencias, receta á toda persona de gran tono; se recelaba que la estación de las flores iba á ser esta vez una época de graves trastornos y de guerras colosales entre todas las potencias grandes y chicas que pueden poner en pié un ejército; pero por fortuna estamos en mayo, y estos temores han desaparecido de repente, casi podríamos decir con la misma prontitud con que aparecieron; y por consiguiente los excursionistas veraniegos se entregan con toda serenidad de ánimo á los preparativos para la realización de sus proyectos.

El que viera á una de las elegantes de París durante un invierno afanándose sin cesar por asistir á todas las reuniones del gran mundo, como si no viviese mas que para el baile y las fiestas, no podría creer que, llegado el verano, se encierra en una casa de campo á veces solitaria, y pasa en ella seis ú ocho meses. Su existencia debe de ser bien triste, y sin embargo la acepta, y se desdénaría de quedarse en París, se sonrojaria si alguien pudiese asegurar que la ha visto pasearse en el bosque de Boulogne en el mes de junio. — Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: no hay pueblo en el mundo mas rutinario, mas esclavo de las costumbres establecidas que el pueblo parisiense.

Sobre el enojo que tiene esta vida campestre para las personas á quienes aludimos en estas líneas, nos han contado una anécdota digna de citarse.

El año último una jóven perteneciente á la sociedad mas distinguida de París, se casó con un hombre á la moda y aficionado, en calidad de tal, á los caballos y la caza.

Para darle un nombre le llamaremos Enrique.

A principios del otoño Enrique, que posee en la Bretaña una especie de castillejo feudal situado en un país donde abunda la caza, se llevó allí á su mujer y á uno de sus amigos.

Este amigo era frenético como él por la distracción de la caza; y así sucedía que los dos señores se marchaban á las seis de la mañana, y no volvían sino doce horas despues, cuando ya estaba puesta la mesa para la comida.

Pero la jóven no tenía ese entretenimiento.

La vivienda, á decir verdad, era reducida, los vecinos escasos, y los días que para el marido eran tan cortos, eran siglos para ella.

Un día que se atrevió á indicárselo á su amo y señor, este convino en su falta; pero sin ánimo de corregirse, trató de arreglar las cosas á satisfacción de todos.

Por aquella vez renunció á una cacería formal, y propuso á su esposa un simple paseo durante el cual podría divertirse sin cansarse, viendo como ellos mataban algunas perdices.

La jóven consintió gustosa; salieron, y al principio efectivamente pareció que todos se divertían.

Andaban despacio por los caminos conversando y riendo.

Los perros se destacaban á un lado y otro, y los cazadores se contentaban con trepar á las cuevas á fin de no perderlos de vista.

Al cabo de una hora de paseo se levantó una bandada de perdices, que fué á caer en un campo poco distante.

— Sube aquí, amiga mía, dijo Enrique á su mujer ayudándola á escalar una cueva; no vamos mas que á tirar á las perdices, como puedes ver desde este sitio, y volvemos dentro de algunos minutos.

La jóven consintió, y se marcharon los cazadores. Dios sabe adónde los llevaron aquellas perdices; pero lo cierto es que pasó media hora sin que se hallasen de vuelta. La jóven cansada de estar en pié se sentó á esperar. Pasó otra media hora y luego otra, y como agotara en este tiempo su paciencia, se resolvió á regresar á su casa.

No conocía bien el camino; se engañó á menudo, y por fin llegó rendida y furiosa.

Del furor al deseo de la venganza no hay mas que un paso; lo único que la hizo vacilar fué la elección del modo de vengarse.

Una vez determinado este punto importante, llamó á su doncella, y la encargó que cuando volviera su marido y preguntara por ella, le dijese que no le había visto.

En seguida se encerró en su aposento.

Por la tarde á la hora acostumbrada Enrique entró en su casa algo confuso, porque no había encontrado á su mujer en el sitio donde la había dejado, y muy dispuesto á recibir su mismo las reconvencciones que merecía.

Pero su confusión se cambió en inquietud cuando le dijo la criada que su señora no había vuelto aun.

En vista de esto Enrique, en vez de tomar el descanso que necesitaba, llamó á su amigo y á sus perros, y todos juntos echaron á andar por el mismo camino que siguieron en la mañana de aquel día.

Cuando los vió marchar, la jóven bajó, se sentó á la lumbre, comió, y despues tomando un libro se puso á esperar á su marido esta vez con mucha cachaza.

No hay para qué pintar la sorpresa del marido cuando despues de haberla buscado ansioso durante dos horas por todas partes, la halló en el comedor calentándose.

— ¿Cuándo has vuelto, mi querida amiga? le preguntó.

— Hace ya mucho rato.

— ¿A qué hora?

— Serían las dos de la tarde.

— Entonces ¿cómo la tonta de tu doncella me ha dicho que no te había visto y eran las cinco y media?

— ¡Ah! no tiene ella la culpa, amigo mio.

— ¿Pues quién la tiene?

— Yo.

— Explicáte pues.

— Temiendo las visitas, me encerré en mi cuarto diciéndola que no dejase entrar á nadie, sin hacer una excepción en tu favor. Tú me olvidaste antes, yo te he olvidado ahora, amigo mio.

Enrique, muy cansado y con un buen apetito, estuvo á punto de incomodarse; pero la jóven, despues de haber estado muy seria, se echó á reír, y él que conocía no hallarse exento de culpa, tomó el partido de reírse igualmente.

Cuadritos de esta naturaleza deberian tener presentes los que con tanto ardor abandonan por el campo este emporio de diversiones y de fiestas que se llama París, donde la persona de humor mas sombrío encuentra á cada paso la distracción y el recreo.

Se ha hablado esta semana de la mudanza de la embajada de Austria á un palacio del barrio de la nobleza, que no hace un mes habitaba todavía el ministro del Interior.

Los embajadores de la corte de Viena en París se han señalado muchas veces por las grandes fiestas que han dado en sus palacios; y la historia parisiense conserva el recuerdo de una de ellas que vino á trasformarse en una catástrofe horrorosa.

Además de las relaciones que se han escrito en París de tan terrible escena, uno de los espectadores, M. de Varnhagen, oficial austriaco, ha consagrado á su descripción un capítulo interesante en una obra titulada los « Salones de Viena y de Berlín » que acaba de ver la luz, del cual extractamos los siguientes pormenores:

La embajada austriaca ocupaba entonces en la calle de la Chaussée-d'Antin el inmenso palacio que el penúltimo duque de Orleans había hecho construir para la condesa de Montesson.

Sin embargo, el palacio y sus jardines no fueron considerados bastante espaciosos para la gran fiesta con que el embajador de Austria, príncipe de Schwarzenberg quiso celebrar el casamiento de Napoleon con la hija de su soberano, la archiduquesa María Luisa, y alquilaron el palacio contiguo, practicando por todas partes las comunicaciones necesarias.

El vasto local se dividió acertadamente, y cada una de sus partes fué consagrada á las diferentes fases de la fiesta.

Un jardín que tocaba á los espléndidos salones del primer palacio y que conducía hácia un estanque, fué utilizado para construir con tabladillos el inmenso salón principal de baile.

Segun la costumbre general que entonces reinaba en París, la techumbre y las paredes cubiertas de hule por fuera, estaban revestidas interiormente de magníficas colgaduras, con grandes espejos, candelabros y adornos esplendentes.

En este salón improvisado fué donde el desastre se mostró mas horrible.

Eran las doce de la noche. La reina de Nápoles acababa de romper el baile con el príncipe de Esterhazy, y el virey de Italia Eugenio de Beauharnais con la hermana del embajador austriaco.

La emperatriz María Luisa ocupaba en el salón el asiento elevado preparado para ella, y el emperador se paseaba hablando y sonriendo con todos, cuando de repente en la galería que unía el salón con el palacio, la llama de una vela, agitada por el aire, pegó fuego á una gasa ligera, que proyectó un resplandor vivísimo.

Acudieron y apagaron la gasa, pero entre tanto las chispas habían comunicado el fuego á unas colgaduras que estaban muy altas, y de aquí las llamas ganaron terreno y atravesaron el espacio que las separaba del salón cruzándose por todo el techo.

Todo esto acaeció en breves instantes. Las músicas cesaron de tocar y los músicos abandonaron el tablado amenazado ya por el incendio.

Una de las puertas que conducía á la escalera exterior dió

entrada á un viento de tempestad que aumentó la voracidad de la llama.

El baile se había interrumpido, y la gente se sofocaba y se aplastaba en una confusión horrorosa.

El emperador, que se había acercado á la emperatriz, se mostró muy sereno; y á pesar de las instancias del embajador de Austria que corrió á su lado, no quiso salir del salón, hasta que vió que todo medio de salvarle era inútil.

Entonces sin decir una palabra dió el brazo á María Luisa y siguió al embajador hácia la puerta del jardín.

Mientras no se había movido, la muchedumbre permaneció silenciosa; pero al saber su marcha, estalló un tumulto espantoso.

« ¡Qué espectáculo! dice Varnhagen; todo el salón era un brasero inmenso... El agua que arrojaban en la brasa se elevaba y se dispersaba inmediatamente en vapor, y el incendio no encontraba así ninguna resistencia... Cada cual buscaba y llamaba á los suyos precipitándose con furor entre la gente... Se encontraban muertos y heridos... Las gradas del pórtico se habían hundido bajo el peso de la multitud que quería salir; muchas personas caídas fueron aplastadas por las de detrás, y heridas por los tizones ardientes ó por las llamas.

El gran duque de Wurtemberg salvó á la reina de Nápoles que se había caído, y la reina de Westfalia debió la vida á su esposo y al conde de Metternich... El príncipe José de Schwarzenberg abrazaba con efusión á su hija salvada de las llamas con graves heridas, y buscaba desesperadamente á su esposa.

La hija se hallaba al lado de la madre cuando un madero encendido que se desplomó entre las dos las había separado; despues nadie había vuelto á ver á la princesa Paulina. »

Al otro día en medio de un monton de espadas encorvadas, de brazaletes y otras joyas que el fuego había puesto desconocidas, encontraron un resto de su cadáver carbonizado; y á su lado estaban los pedazos de un collar, prenda preciosa de su amor materno. Este collar era de medallones, y en cada uno de ellos había la inicial de uno de los ocho hijos de la princesa. Solo un medallón carecía de cifra, y era el que esperaba la del niño que debía dar á luz y que murió con ella.

La bella princesa de Leyen se quemó viva en su magnífico traje de baile; en su frente hizo un surco profundo su diadema de oro hecha asuca en el incendio.

El emperador despues de haber acompañado á la emperatriz á su carruaje, volvió al lugar del siniestro para ver los medios que se empleaban á fin de cortar el fuego; pero todo fué inútil, hasta que la tempestad que amenazaba hacia rato vino á declararse, aumentando con el fulgor de los relámpagos y el estrépito de los truenos el horror de la escena. Sin embargo, gracias á la lluvia que cayó á torrentes, se salvó una gran parte de la obra sólida del edificio.

MARIANO URRABIETA.

A la niña de los ojos negros.

Niña, cuando tus ojos
Se languidecen,
Y sus castas pupilas
Sonrisas vierten,
Hasta en el alma
Penetra el fuego intenso
De tus miradas.

Sobre mi ser ejercen
Rara influencia;
Si le miran, le matan,
Si no, le inquietan.
De todos modos
Me martirizan, niña,
Tus negros ojos.

Cuando el aura apacible
Juega con ellos,
Y entre sus bellos párpados
Esconde un beso...
Enajenado
Corre á buscar el aura
Mi ardiente labio.

Si como dice un libro
Que yo conozco,
Son espejos del alma,
Niña, los ojos;
Mirarme quiero
En los tuyos, morena,
Porque son negros.

Lo negro simboliza,
Niña, la pena;
Por eso el que penando
Vive en la tierra,
Busca afanoso
Del color de la pena
También los ojos.

A tus ojos dijera
Mucho, muchísimo;
Pero mis ojos, niña;

Ya se lo han dicho,
No con palabras,
Con el dulce lenguaje
De las miradas.

M. MARTOS RUBIO.

La fuente y el mar.

I.

Figuraos un río de los mas caudalosos de España, en-crespándose sobre montones de piedras, para ver el mar que le llama con monótono y lejano ruido.

Importa poco su nombre, porque hallareis el mismo origen árabe en casi todos, y la misma poesía en sus encantadas riberas.

Llamadle pues, á vuestro placer, Guadalquivir ó Guadiana, Tajo ó Guadalquivir, é imaginaos que despues de deshecha la blanca espuma creada contra las piedras, se forma un transparente y hermoso lago, sin movimiento perceptible, y en su centro una isleta cuadrada, como de cien varas de extension.

Copudos sauces, arrastrando sus ramas hasta besar el agua del río, ocultan un sencillito jardín, guardado constantemente por una blanca casita olvidada en un extremo de la isleta.

Inmensas bandadas de aves viajeras descansan impunemente sobre las copas de los árboles, y especialmente en la de un altísimo álamo, que se levanta orgulloso como rey de tan magnífica creacion.

Y como digna compañera de tan preciado tesoro, una torre atrevida, esbelta y blanca como la nieve, se dibuja muy lejos en el fondo del horizonte, y envia de vez en cuando los tímidos quejidos de su campana al olvidado paraíso.

Pero la presencia del hombre le anima rara vez.

La poesía pastoril atrae solo con fuerza á las almas vírgenes, y estas son bastante raras en nuestro siglo.

II.

Una tarde, inolvidable para la isleta, llegó un alegre grupo hasta la orilla del río.

Cuatro fornidos marineros conducian en hombros un botecillo, y detrás cantaban y reian á mas y mejor tres niñas agarradas del brazo, y tres niños que jugaban en su derredor.

Ninguna de estas tres encantadoras parejas habia cumplido los doce años; pero llevaban por guía y maestro un apuesto jóven de diez y seis á diez y siete, que leia atentamente en un pequeño libro.

El bote cayó sobre las ondas del río, y toda la comitiva que le tripuló alegremente, desapareció en una ense-nada que se formaba entre dos sauces de la isleta.

Poco despues el jóven trepó con una agilidad increíble á la primera horquilla del corpulento álamo, como para dominar mejor la situacion, y los niños empezaron sus juegos favoritos.

Enrique, pues tal era el nombre del adolescente, leyó en alta voz unos conocidísimos versos de Espronceda, y como si se dirigiera á otro ser invisible, continuó:

— Esta preciosa isleta ha sido el regalo de muerte de mi padre. ¡Busca en ella la felicidad! me dijo poco antes de abandonarme para siempre: que aquella casita sea el resumen de todas tus aspiraciones y deseos: que aquel pequeño círculo, cerrado inexorablemente por los sauces, represente para tí la tierra y todos sus placeres, y que ames la tranquilidad del alma como el don mas feliz de Dios.

Jamás han dejado de resonar en mis oídos esas solemnes palabras; pero... yo no puedo vivir de esa manera: cada libro que cae en mis manos, despierta una nueva idea en el almacén de mis ideas: cada pájaro que saltando de rama en rama huye para siempre de mi vista; cada viajero que pasa ante mis ojos olvidándose de mi pueblo y de mi existencia; cada barco que veo achicarse en el horizonte de ese mar ilimitado; todo cuanto existe en fin, me dice que debo pensar en un mas allá; que tengo el deber de tomar parte en ese movimiento creciente que se llama gran mundo, y que he de luchar con todas mis fuerzas para ser algo mas que un labrador rico, pero olvidado.

Estos niños que juegan en la arboleda, continuó mas tristemente, piensan ya en ese porvenir que tan bello me parece: apenas son la fuente que empieza á formar el caudal de un gran río, y ya piensan en el mar que ha de absorber su vida, y cada una de sus palabras, cada uno de sus inocentes proyectos se enlaza indestructiblemente con el porvenir que sus imaginaciones se han trazado.

Y al mismo tiempo que Enrique discurría de este modo, los niños respondieron á su pensamiento sentándose cerca del álamo, y fijando la atencion de su maestro con la confusa algarabía de su conversacion.

— Yo no quiero jugar á este juego tan tonto, decia el pequeño Andrés enérgicamente; hagamos batallas y veamos quién gana: yo seré vuestro general.

— No, decia Luis con mas calma; Carmen y Teresa se cansan mucho de correr y su mamá nos regañará luego: si quierem haremos una cacería: yo seré el rey y Carmen la reina.

— Muy bien, Luis, dijo Carmen, tú has dicho la verdad, y si mi hermana Teresa no quiere, que lo deje...

— ¿Y cuándo elijo yo? dijo el niño Antonio con voz apenas perceptible.

— Tú no entiendes de juegos, replicó Andrés: eres muy torpe y nos servirás siempre de criado.

Luis, Carmen y Luisa aprobaron estas palabras, en tanto que Antonio marchaba á ocultar tras de un arbolillo las lágrimas que asomaron á sus ojos, y la hermosa Teresa, la de la rubia cabellera destrenzada, le decia con cariño:

— No llores, Antonio: Andrés no te ha dicho eso para que te enfades: ya sabes que sus primos y sus primas te quieren mucho: ven conmigo y jugaremos todos.

Y consiguió arrastrarle hasta el pequeño corro en el que Luisa decia:

— Dadme gusto siquiera un momento: juguemos á la guerra que quiere Andrés.

Y diciendo y haciendo, la comitiva partió alegre hácia los extremos de la isleta, obediente á la voz poderosa y á la actividad de Luisa.

— Hé aquí, continuó diciendo á media voz Enrique, cómo se adivina al hombre en sus juegos de mis pequeños primos: Andrés ama la fuerza porque se cree fuerte, y Luisa busca en ella la proteccion y la ayuda que necesita su carácter orgulloso.

Luis también tiene ambicion, pero es la ambicion de la inteligencia: por eso transige con la fuerza para tenerla despues mas esclava: Carmen es su necesaria pareja.

Antonio, desprovisto de medios para resistir á estos dos empujes, obedecerá siempre á la corriente de los sucesos, y ellos podrán llevarle al precipicio ó á una gran altura.

Teresa, la mas hermosa de mis primas, será la mujer-ángel que nuestra imaginacion concibe y pocas veces encuentra: bálsamo para todos los dolores; fe para todas las desgracias; llanto para todos los vicios.

El sol iba bajando en el horizonte, y Enrique, encerrando su libro en el bolsillo, bajó del árbol, llamando á todos los niños en su derredor.

— Os habeis portado muy bien, les dijo, y no dejaré de traerlos otro día á la isla; pero hoy nos debemos marchar porque es tarde, y vuestros padres os echarán de menos. Y ahora, antes que nos marchemos, quiero saber en qué pensais cada uno para cuando tengais mas años.

— Yo quiero ser ministro, dijo Luis frunciendo la frente y las cejas.

— Yo general, añadió Andrés levantando la cabeza con orgullo.

— Yo no lo sé, murmuró Antonio con tristeza.

— Y vosotras, hermosas, dijo Enrique satisfecho de sus pronósticos, ¿á quiénes elegís por novios?

— Yo á Andrés, dijo Luisa alegremente.

— Yo á Luis, añadió Carmen poniéndose encarnada.

— Y yo, continuó lentamente Teresa, no puedo elegir á nadie porque mi mamá está mala, y quiero antes que todo verla buena; pero no es que te desprecio, Antonio, y en prueba de ello, seré tu pareja hasta llegar al pueblo.

Enrique besó en la frente por toda contestacion á Teresa, y marchando con los niños hácia el punto en que el botecillo se balanceaba sobre el río, murmuró:

— ¡Oh! no es posible engañarse: la fuente ya dice lo que debe ser el río: anuncia al torrente, al arroyuelo y al caudaloso brazo de mar: desde la fuente de su adolescencia tienen mis primos trazado su inevitable curso hasta el mar. ¿Pero será ese curso largo y brillante, ó desaparecerá entre algunos valles sin nombre?

Y así diciendo, la barca volvió á hender el río, y la comitiva se perdió en direccion de la blanca torre iluminada por los últimos reflejos del sol.

III.

Treinta años pasan sin que el botecillo vuelva á atravesar el río.

Ni una mano amiga ha segado la yerba que crece en los paseos del jardín de la isleta.

Ni una voz humana ha resonado entre aquellos sauces, hijos lozanos de los antiguos troncos.

Ni un ojo inteligente ha podido apreciar el estado del veterano álamo, ni derribar sus brazos ya muertos.

Y las paredes de la casa están ennegrecidas, y la puerta y las ventanas cubiertas de amarillento musgo y de telas de arañas llenas de insectos.

Y el río ha enviado á la tranquila playa millares de guijarros que hacen difícil su acceso.

Y el sol ha quemado muchas plantas.

Y todos los elementos se han conjurado para destruir aquel nido de pasajera felicidad.

Pero al cabo de esos treinta años llega un día en que el botecillo pasa y repasa repetidas veces el río: algunos obreros le tripulan y permanecen días enteros en la isla, y otros hombres tristes y silenciosos van á observar el progreso de sus trabajos.

Cuando todo estuvo concluido, y en las primeras horas de una hermosa mañana, Enrique solo, remando lentamente y no desfigurado á pesar de sus cuarenta y seis años, desembarca junto á los sauces y se adelanta en la isleta con los brazos cruzados sobre el pecho.

Al rededor del simbólico árbol se ha formado un delicioso jardinito de recuerdos, que eran en la mente de Enrique el panteon de su familia, porque aquellos niños hermosos que él se complacia en ver jugar habian muerto.

Sobre un terreno recién arreglado y rodeado de nacientes cipreses, habia dos cruces y dos lápidas.

Unos cuantos pasos mas allá se veia otra cruz, con una corona de siemprevivas en su crucero y una lápida blanca á sus piés.

Enrique se detuvo.

«A la memoria (decia la primera) del malogrado jóven don Andrés Gonzalez, teniente de artillería, muerto por la patria á los treinta y seis años: su esposa no le pudo sobrevivir y le acompañó á este lugar.»

Y la segunda: «A la memoria de don Luis Fernandez y doña Carmen Fuentes, feliz matrimonio que hizo concebir un cielo en la tierra: España perdió en él uno de sus diputados mas celosos, y la belleza en ella uno de sus primeros tipos.»

— Hé aquí, dijo Enrique, cuál ha sido el mar de vuestro destino: la fuerza y el heroísmo fueron impotentes para luchar con una mezquina bala, y el talento orgulloso y grande obedeció al impulso del azote del Ganges. ¡Treinta años de ilusiones para esta realidad!

Y al mismo tiempo la fortuna te se ha presentado risueña, pobre Antonio, y segun afirma esta carta (y sacó un papel del bolsillo), continuas pacíficamente regentando la audiencia de la hermosa Valencia. ¡Dios premia la modestia y castiga la ambicion!

El me ha vuelto á este sitio despues de agitarme vanamente en el mundo, para que cumpla las esperanzas de mi buen padre, y me ha hecho comprender el encanto del retiro y de la soledad. ¿Porqué no habrá podido ella unir su suerte á la mia?

Y así diciendo, llegó hasta el pié de la cruz aislada, donde solo se leia en letra muy pequeña:

«A Teresa.»

Y arrodillándose, continuó:

— Bendita seas, ángel de mi vida: tu amor me ha hecho bueno, aunque haya sido desconocido para tí: el cielo te ha reclamado porque el mundo no te merecia; pero yo no puedo abandonar tu memoria, y recuerdo siempre con admiracion tus últimos momentos de niña, y tus últimos momentos de vida.

Y besando la bendita cruz, Enrique volvió á tierra triste y descolorido.

IV.

Hoy han pasado algunos meses.

Y un periódico dice lo siguiente:

«La bonita isla del río G... ha sido una de las víctimas del temporal: todos sus árboles y jardines desaparecieron bajo las encrespadas ondas del río. En la playa se han visto despojos de una barquilla, y el cadáver de un hombre que segun parece se llamaba don Enrique Gonzalez.»

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

Expedicion al Cayor y al alto Cosomance.

El 31 de diciembre de 1860, el coronel Faidherbe salió de San Luis con una columna compuesta de un batallon de tiradores argelinos procedentes de Oran, de un batallon de tiradores senegaleses (cuerpo formado por el coronel Faidherbe que da ya los mejores resultados), de un batallon de infantería de marina, un escuadron de spahis, dos baterías de artillería y la milicia movilizada de San Luis.

El objeto de esta expedicion era construir entre San Luis y Gorea tres paradores á fin de asegurar el camino entre estos dos puntos, y proteger contra los tientos á los viajeros y á los habitantes del país. Los tientos forman una cuadrilla de guerreros que rodea al damel (rey de Cayor), y son todos ladrones y borrachos. Como el damel no tiene ninguna renta fija, los tientos se hallan encargados de subvenir á sus necesidades por medio de rapiñas. Ahora bien, los habitantes de Cayor son laboriosos; ellos suministran la mayor parte de las arachidas que se venden en los mercados de San Luis y de Gorea, y poseen además magníficos ganados.

Es pues de buena política para los franceses el tener en el Cayor algunos puntos desde donde puedan impedir las incursiones de los tientos.

La columna de San Luis marchó directamente á Benen-u-Mboro, á medio camino de San Luis y Gorea, para construir allí un puesto fortificado, y en ese lugar se reunió con la columna que llegaba de Gorea. Una vez terminado el puesto, el coronel Faidherbe con todas sus fuerzas se dirigió á Mekhé, capital del Cayor, para castigar al damel y á sus tientos, y vengarse de las muchas rapiñas cometidas contra las poblaciones que se hallan bajo la proteccion francesa. De Mekhé la columna pasó á Mbiguen, entre Benen-u-Mboro y Gorea, á fin de construir allí otro puesto cuya inauguracion se ve representada en el primero de nuestros dibujos.

La expedicion de Cayor acaba de coronar la obra del coronel Faidherbe en el Senegal. Hoy los franceses son dueños de todo el río desde San Luis hasta Medina, á 230 leguas de su embocadura y aun mas allá; su influencia se extiende por ambas márgenes muy lejos en el interior por medio de los oficiales que el gobernador envia en todas direcciones á distancias de 500 leguas; están en relaciones con los pueblos mas desconocidos de la Senegambia, y por último, acaban de adquirir toda la costa entre San Luis y Gorea. Tal es el estado de sus posesiones en el Senegal, cuando á la llegada del coronel Faidherbe se hallaban en país enemigo á tiro de fusil de San Luis.

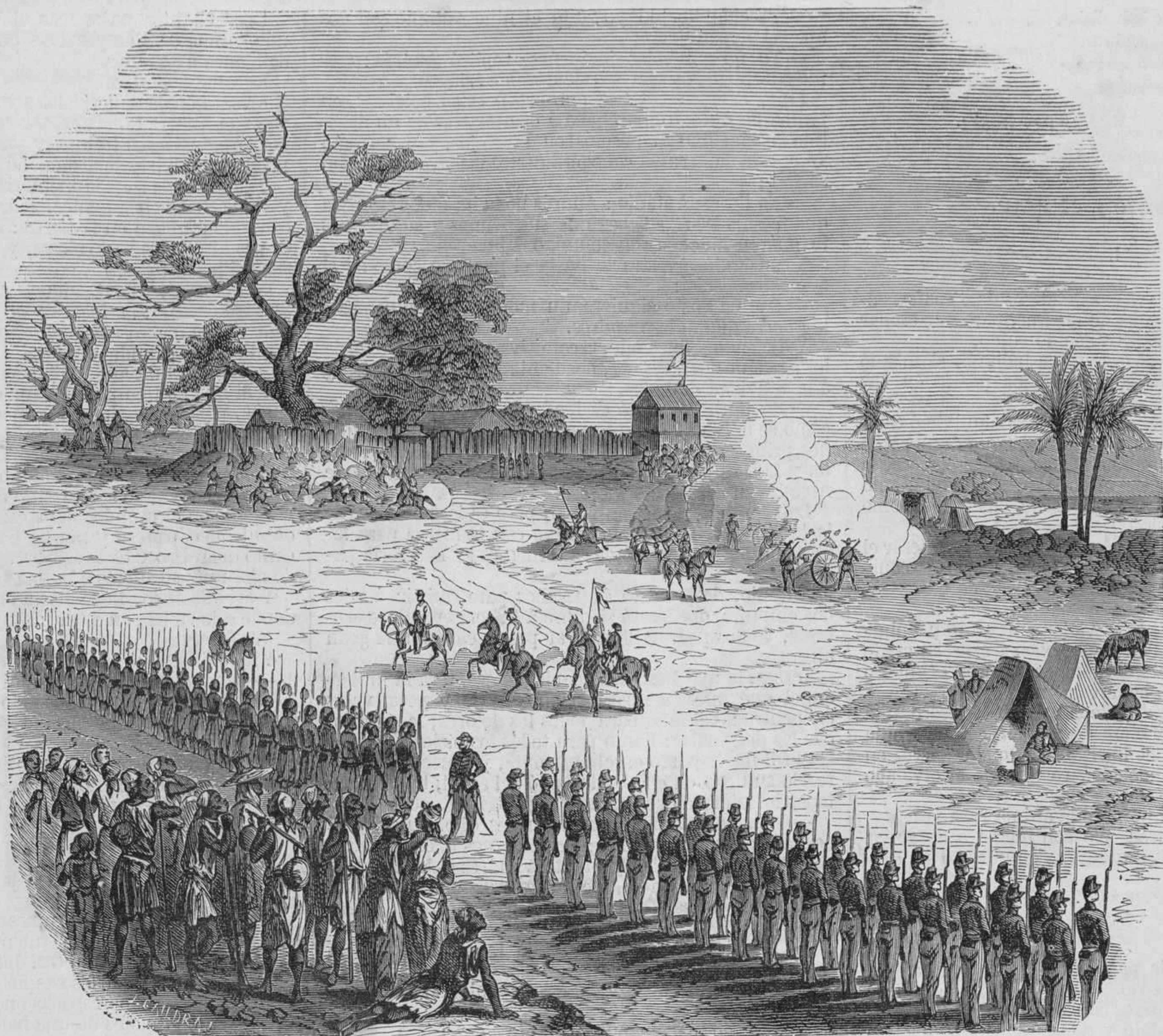
Iguales progresos han tenido lugar en Gorea; la península del Diander ha sido reunida á esta comarca; se

han establecido ya factorías florecientes, y por último se ha adquirido uno de los mas hermosos rios de la costa, el Cosomance.

En 1838 se levantó Sedhiou, el primer puesto del rio Cosomance, á treinta leguas de su embocadura.

Sedhiou es actualmente un pueblo de cierta importancia que hace bastante comercio; pero sus habitantes, apartados como lo están de la residencia del gobierno de la colonia y de sus fuerzas militares, tenían que sufrir diariamente las violencias y vejámenes de los indígenas, los mandingas, que de las numerosas razas negras del Sudan, son quizá la mas inteligente, pero al mismo tiempo la mas orgullosa, la mas confiada en sus fuerzas y la mas fanática.

Hacia largo tiempo que el ministro de la Argelia y de las colonias habia ordenado una expedición para castigar á esas poblaciones insumisas y establecer la supremacía francesa en todo el curso del rio.



INAUGURACION DEL PARADOR CONSTRUIDO EN MBIGUEN.

El 5 de febrero una columna dirigida por el comandante de ingenieros Pinet-Laprade, que tiene el mando particular de Gorea, salió de esta ciudad y desembarcó el 9 en Sedhiou. En los dias 10 y 11 fueron tomados y quemados los pueblos Sandinieri, Diondoubou y Koulan-Diaio-Diala.

Durante estas operaciones los habitantes de todas las aldeas del Souna, el Balmadou, el Pakao y el Yacire llegaron sucesivamente á atacar á los soldados en los campos, y fueron rechazados con grandes pérdidas.

Al cabo de dos dias de combate, los jefes acudieron todos á implorar la paz; pero el comandante queria castigar á la aldea de Bombadiou, la mas culpable de todas, y cuyos habitantes habian atacado en el año anterior al oficial comandante del puesto de Sedhiou; y bajo este concepto respondió á los enviados que no trataria sino sobre las ruinas de Bombadiou.

Las tropas par-

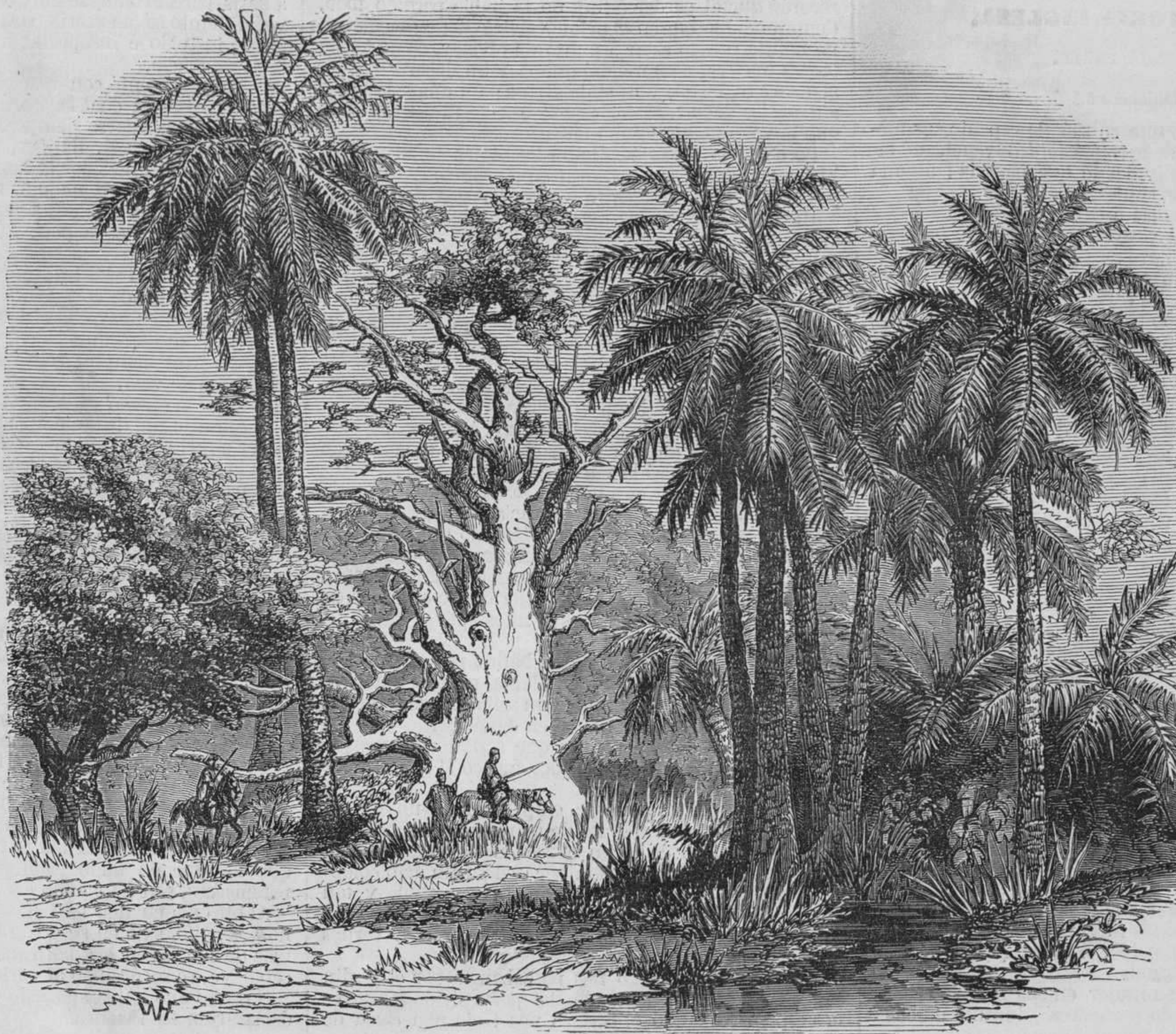


CAMPAMENTO DE LOS TIRADORES SENEGALESES DEBAJO DE UN BAOBAB.

tieron el 12 para esta aldea, que los habitantes habían abandonado retirándose al bosque. La población fué quemada pues sin resistencia.

En la otra mañana llegaron los jefes guiados por su morabito principal; marchaban en fila, el morabito cantaba versículos del Alcorán, y todos repetían en coro: — «¡Ala! ¡Ala!» Se prosternaron á los pies del comandante, siendo su sumisión tan pronta como enérgica había sido su resistencia; aceptaron todas las condiciones que les impusieron, dejaron rehenes y siguieron á la columna que entraba en Sedhiou, para renovar su sumisión en presencia de los traficantes cuyas embarcaciones robaban la víspera.

En el día se sienten ya los efectos de esta expedición; los negocios, suspendidos por los ataques continuos de los mandingas, han tomado un nuevo vuelo, y todo hace creer que la paz se halla solidamente estableci-



OASIS EN EL CAMINO DE BENEN-U-MBORO A MEKHE.

da en esa comarca.

Los grabados que acompañan á este artículo reproducen asuntos copiados durante las dos expediciones de Cayor y de Cosomance.

El oasis de Benen-u-Mbores uno de los mas pintorescos que atravesó la expedición.

Entre San Luis y Gorea existe una zona continua cubierta de hermosa vegetación; encuentran allí sitios bellísimos, árboles de toda clase, y sobre todo palmeras que dan ese vino de palma que tanto gusta á los indígenas, y cuya cosecha es tan fácil; una incision hecha en el tronco basta para que salte en abundancia. El baobab, el árbol mas vasto de la creación, se encuentra allí á menudo; nuestro grabado del campamento de los tiradores senegaleses y el de la conferencia pueden dar una idea; estos son de dimensiones ordinarias, pero se ven otros que llegan á tener proporciones mas colosales.

C.



[CONFERENCIA ENTRE LOS JEFES DEL SOUNA, DEL PAKAO Y DEL YACIRE Y EL COMANDANTE PARTICULAR DE GOREA.

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

En el vivo encarnado que cubrió de repente sus mejillas, y en la mirada que arrojó á lord Ravenel, fué fácil conocer que creia adivinar lo que ocurría: alguna calaverada de muchacho confesada al padre.

Por entonces no hizo mas preguntas. Aun estábamos en el vestíbulo. M. Halifax tomó el brazo de su señora y la llevó á la biblioteca.

— Ahora dame la carta; niños, dejadnos, necesito hablar á vuestro padre. La carta, John.

Y le alargaba una mano trémula que tomó el papel. Despues de haber principiado á abrirle, se detuvo, y mirando á su marido exclamó:

— ¿Nos dice que no viene?... Puedo soportarlo todo, ya lo sabes; pero es preciso que vuelva á casa.

— Lee, respondió John tomándola una mano.

Hé aquí su contenido:

«Mi querido padre y mi querida madre: avergonzaos de vuestro hijo. He olvidado quién soy... Estaba ébrio y en una casa de juego, cuando un hombre me insultó; fué á propósito de mi padre... pero mas tarde lo sabreis y lo sabrá todo el mundo. Le he herido; tenía un arma á la mano y le he herido.

» Quizá ha muerto á estas horas; no lo sé. Parto esta noche para América, y nunca volveré á casa.

» Que Dios os colme á todos de bendiciones.

» GUY HALIFAX. »

«P. D. — He recibido la carta de mi madre hoy.

» No estaba en mi sano juicio, pues de otro modo no me habria dejado arrastrar á una accion que me expone á figurar en el banco de los asesinos.

» ¡Madre mia! ¡olvidadme!... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡No permitais que despedace el corazon de mi buena madre!»

¡Ay! ¡Le habia despedazado!

— ¡No volverá!... ¡no volverá!...

Eran las únicas palabras que salian de su boca.

La naturaleza la negó las fuerzas que habria necesitado para soportar este golpe, ó quizá la compadeció pareciendo que la abandonaba.

Cuando John tomó á su mujer en sus brazos, estaba insensible, y en ese estado permaneció durante muchas horas, no volviendo en sí mas que por intervalos.

Así concluyó el dia de las bodas de Edwin.

XIV.

Lord Ravenel, como todo Paris, se hallaba al corriente de lo que habia pasado, aunque no habia visto á Guy segun habia dicho.

Obligado á salir con precipitacion de Francia para libertarse de la justicia, el jóven le habia escrito á bordo del buque en que se habia embarcado, suplicándole que llevara tan tristes nuevas á su familia.

El hombre á quien habia herido, no formaba parte del círculo de lord Luxmore, aunque sin embargo, Guy le habia conocido por medio de algunos de sus nobles amigos. Era un inglés que habia heredado hácia poco el título de baron con grandes dominios.

Su nombre era sir Gerardo Vermilye.

En cuanto Ursula estuvo restablecida, M. Halifax y lord Ravenel marcharon á Paris; pues no solo era preciso satisfacer las exigencias de la ley, sino que habia que seguir las huellas del jóven, cuyo destino en América nos era totalmente desconocido.

La madre apresuró la marcha; la pobre madre que daba vueltas como un alma en pena, errando por todas partes, menos por aquel aposento cuya puerta y ventanas se habian cerrado otra vez, como si fuera posesion de la muerte.

¡Ay! Bien sabiamos que hay dolores peores que la muerte misma.

Entonces principió para nosotros un sombrío período de tristeza, durante el cual encerrados en Beechwood, sabiamos que nuestro nombre, el honroso nombre de John Halifax se hallaba en todas las bocas, en todas las sociedades, en todos los periódicos.

En un principio Walter y yo quisimos interceptar los diarios, temiendo que la madre leyese en ellos algun párrafo mas ó menos injurioso para Guy, ó que supiera que le llamaban asesino. Pero estas precauciones eran vanas, pues ella queria leerlo, oirlo y saberlo todo. Recibió aun á aquellos de nuestros vecinos que acudian á Beechwood por curiosidad ó simpatía; pero pretextando que no podian comprender á Mrs. Halifax, todos pusieron fin á sus visitas: Gracia Oldtower fué la única que se mantuvo constante.

— Venid á verme á menudo, dijo un dia delante de mí á esa jóven á quien amaba tiernamente; venid, aunque la casa esté bien triste. Todo parece tan extraño en la ausencia de M. Halifax.

En efecto, John parecia haberse llevado el alma y la vida de la casa. Constantemente le echábamos de menos; su lugar estaba vacío en la mesa; su sillón quedaba abandonado junto á la lumbre, su voz ya no se oia; en vano prestábamos el oido para escuchar su venida; todo en una palabra nos recordaba penosamente la ausencia del jefe de la familia.

Pero si esta separacion fué dolorosa para Ursula, no por eso dejó de producir en ella un efecto saludable; le

recordó que al perder á Guy no lo habia perdido todo. Comprendió lo que en el primer delirio del amor materno habria podido estar á punto de olvidar, como hacen tantas madres; comprendió que hay un deber superior al deber materno, y es el de esposa; un amor superior á todos los demás, el del esposo por su mujer antes de que haya nacido ninguno de sus hijos.

Poco á poco recobró ánimo: las cartas de su marido hicieron renacer la esperanza en su corazon; todos sus pensamientos se concentraron en él, cada dia parecia sentir mas su ausencia; toda decision, todo proyecto se aplazaban para su vuelta.

Cuando al cabo fijó el dia de su llegada, la vi reunir todas las cartas que habia recibido y hacer un legajito con ellas.

— Me prometo no recibir mas, me dijo con una sonrisa.

El dia señalado, se vistió cuidadosamente y se sentó para que Madelina le arreglase el cabello. ¡Cómo habia encanecido en poco tiempo!

Despues trémula de emocion y con las mejillas animadas como las de una jóven que espera la venida de su novio, ella esperó la vuelta de su marido.

Las cartas de John nos habian puesto al corriente de los asuntos de Guy, y á Dios gracias lo que nos dijo tenía un carácter menos alarmante de lo que esperábamos. No tenia que anunciarnos ninguna otra desgracia; su venida no despertaba ningun temor. Cuando se apeó del coche fué para hallar á su mujer que le esperaba en el umbral de la puerta, y á sus hijos que se regocijaban de su regreso.

Parecia muy grave, pero no abatido por la pena; el primer choque habia pasado. Habia pagado todas las deudas de su hijo, asegurándole un asilo seguro y recibiendo la noticia de su desembarco en América.

No teniamos que hacer mas que resignarnos y esperar á que el tiempo borrara poco á poco el recuerdo de tan triste lance.

Por lo demás, Guy no era culpable de la muerte de sir Vermilye, quien despues de su restablecimiento habia sido recibido como un héroe en la sociedad. Era pues probable que acabarían por olvidar un acto cometido en todo el ardor de la primera juventud, y tan cruelmente expiado por su autor.

El dia siguiente Edwin y Lucia vinieron á vernos muy temprano.

Despues del almuerzo nos paseábamos por el jardin John, Ursula y yo, hablando del porvenir de los jóvenes esposos, cuando el cartero nos trajo una carta de lord Ravenel.

John la leyó con mucha seriedad. Hacia un año que lord Ravenel le escribia con bastante frecuencia cuando estaba ausente de Luxmore, y sus cartas siempre eran recibidas con gusto por los esposos; pero esta vez cuando Madelina, segun su costumbre, vino á reclamar la carta, y corrió despues muy alegre á esparcir la feliz noticia de la próxima llegada de lord Ravenel, creí observar que esta visita no era tan agradable al padre y á la madre como las anteriores.

— ¡Pobre lord Ravenel! exclamó John suspirando y doblando la carta.

— John, le preguntó Ursula en voz baja, ¿has oido hablar durante tu permanencia en Paris de...? ya sabes de quién.

— No; no he oido nada.

— ¿Y te has informado?

John hizo una señal afirmativa.

— Me lo pensaba; debe tener ya años... quizás ha muerto... ¡pobre Carolina!

Este nombre tan pocas veces pronunciado entre nosotros, me trajo á la memoria el dia en que habiamos oido por primera vez otro nombre que por un encadenamiento fatal de circunstancias llegó á ser despues tristemente célebre.

Casi sentí la aparicion de lord Ravenel en Beechwood, pues su presencia ponía nebulosos los semblantes de los padres; en cuanto á los hijos siempre le recibían con el mismo placer.

Venia todos los dias á caballo de aquella sombría y solitaria residencia de Luxmore, que parecia preferir á todas las demás.

Un dia manifestó el deseo de llevar á ella á Walter y á Madelina para enseñarles algunos abetos magníficos que se disponia á comprender en el corte general de los árboles de aquel dominio; pero John se negó á ello. Veíase claramente que queria que todas las relaciones entre Beechwood y Luxmore se redujeran á las de Beechwood.

Lord Ravenel lo comprendió muy pronto.

— Luxmore no es Compiègne, me dijo con una sonrisa entre triste é irónica, tendiéndose á mi lado sobre la yerba, pues estábamos ya en verano; M. Halifax podría dejarme disfrutar de la sociedad de sus hijos.

Y al decir estas palabras seguía con los ojos el vestido blanco de Madelina que aparecia y desaparecia entre los árboles; entonces creí observar en su rostro una expresion que no habia notado aun en las facciones melancólicas de William, lord Ravenel.

— ¡Cómo ha crecido esta niña en poco tiempo! exclamó; tiene cerca de diez y nueve años, ¿no es verdad?

— Cumplirá diez y siete en setiembre.

— ¡Oh! ¡qué jóven es todavía! ¡Qué felicidad la de ser jóven!

Y miró á otro lado poniéndose las manos delante de los ojos para abrigo de los rayos del sol.

Lord Ravenel veía probablemente la nube que los últimos sucesos habian interpuesto en nuestras relaciones, pues cuando se despidió de nosotros antes de su marcha

á Paris, pareció hallarse muy conmovido. Repitió muchas veces cuánto se alegraría volver á Beechwood, y cuán triste, insípido é insoportable le parecia todo fuera de esta residencia.

John se contentó con responder con aquella sonrisa benévola ante la cual la afectacion sardónica del jóven lord parecia disiparse siempre.

— Mil gracias, M. Halifax, mil gracias os doy á vos y á vuestra familia, por la benevolencia que me habeis manifestado. Me prometo conservar vuestra amistad toda mi vida: y si alguna vez tuviera que daros pruebas de la mia; si la poca influencia que poseo en el mundo...

— No es escasa vuestra influencia, repuso John; siempre os lo he dicho; conozco pocos hombres con un porvenir tan brillante como el vuestro.

— Sí, pero he renunciado á él... para siempre.

— No para siempre; sois jóven aun; os quedan muchos años de vida.

— ¿Así lo creéis?

Y durante un instante apenas se habria podido reconocer aquel rostro pálido é impenetrable, que á pesar de toda la delicadeza de sus facciones, parecia á veces impregnado de una vejez precoz.

— No, no, M. Halifax; ¿quién ha oido decir nunca que un hombre pueda comenzar la vida á treinta y siete años?

— ¿De veras teneis treinta y siete años? preguntó Madelina.

— Sí... sí los tengo, hija mia. Soy viejo ¿no es verdad?

Y tomó la mano rosada y torneada de la niña, y la miró con una ternura melancólica, despues de lo cual se despidió de nosotros, montó á caballo y se alejó.

Hoy me pregunto y entonces me preguntaba, aunque no queria pensar en ello, cómo podia ser que no se presentara cierta posibilidad á la mente de Ursula, como habria sucedido naturalmente á toda madre mas mundana. No puedo explicármelo sino recordando la extremada sencillez de nuestra vida en Beechwood, y las penosas preocupaciones que nos asediaban. Además, está bien probado, y nuestra familia lo habia experimentado ya, que los que en tal ocasion parece debían ser los mas perspicaces, son á menudo los mas ciegos.

Al otro dia cuando lord Ravenel llegó á Beechwood, no á caballo, sino en su magnífico carruaje con las armas de su casa en las portezuelas, todo el mundo, excepto yo, se sorprendió al verle.

Nos dijo que habia aplazado su viaje á Paris, pero sin declararnos las razones.

Comió con nosotros, segun la costumbre, y luego fué á pasearse con Madelina y conmigo al bosquecillo. Seguimos el mismo sendero que yo habia recorrido por primera vez con John y Ursula mas de treinta años antes. No sin sorpresa oí á lord Ravenel hacer alusion á ese episodio bien conocido en la familia, pues á los niños les gusta saber hasta los menores incidentes de la juventud de sus padres.

— ¿Habeis conocido á mi padre y á mi madre cuando eran jóvenes? preguntó Madelina que caminaba alegremente delante de nosotros.

— No es posible, dijo sonriendo; sin embargo, seria posible... olvido que ya no soy jóven. ¿Qué edad tenían vuestros padres cuando se casaron?

— Mi padre tenía veinte y un años y mi madre diez y ocho, justo un año mas que yo.

Y Madelina medio avergonzada por lo que acababa de decir, echó á correr delante de nosotros. La ingenuidad de la niña probaba la inocencia de su corazon.

Lord Ravenel la siguió con los ojos y suspiró.

— ¡Qué felicidad casarse jóven! ¿No os parece así, M. Fletcher?

— Los que en la juventud hallan la felicidad, son á mi juicio los mas dichosos; pero no veo, continúe, aunque despues sentí haber emitido tan francamente mi opinion, no veo porqué se ha de privar nadie de esa felicidad porque se presenta mas tarde.

— Quisiera saber si se presentará alguna vez para mí, dijo lord Ravenel con aire pensativo.

Yo le pregunté porqué no se habia casado.

— Porque nunca he hallado una mujer á quien pudiese entregar mi amor y mi confianza; mas aun, añadió con amargura, no creia que existiera una sola mujer, en la cual pueda fiarse un hombre.

Habiamos salido del bosquecillo y nos hallábamos cerca de la pared del cementerio. El sol bañaba la lápida de mármol blanco donde se leía: *Muriel Joy Halifax*.

Lord Ravenel se puso de codos sobre la pared y miró el sepulcro: despues me dijo tristemente:

— Me he dicho á veces que si hubiese vivido quizá la habria amado... quizá me habria casado con ella.

Madelina se acercó á nosotros. Se complacia en ejercer cierta tiranía sobre lord Ravenel que se prestaba á ello muy gustoso, y quiso saber qué es lo que acababa de decir.

— Hablaba de vuestra hermana Muriel, respondió tomando sus dos manos y mirándola con ternura; decia cuánto la amaba.

— Sí, lo sé, repuso Madelina con seriedad; y sé tambien que me amais porque me parezco á mi hermana.

— Y si fuera así ¿estarais contenta?

— Contenta y envanecida; pero deciais ó ibais á decir otra cosa; ¿qué era?

Lord Ravenel vaciló un momento y luego respondió:

— Os lo diré otro dia.

Madelina se alejó como enfadada, pero evidentemente sin sospecha ninguna. Yo principié á sentir serios recelos relativamente á ella y á lord Ravenel.

De todas las clases de amor, hay una que la sensatez

En un ancho sillón de encina cubierto de molduras, se hallaba sentado, ó mas bien tendido, un hombre de talla colosal y de semblante fiero y atezado.

— Dios os guarde, señor, dijo Juana saludando, en tanto que su caritativo introductor se retiraba.

— ¿Qué quereis? preguntó con voz áspera el capitán.

— Ante todo saber si sois el capitán Beaudricourt, gobernador de esta ciudad por el delfín Carlos, hijo de Carlos VI.

— El mismo soy, respondió el gobernador mirando con asombro á aquella bella jóven, detrás de la cual se sentaba gravemente un enorme perro.

— Pues bien, señor, dijo la jóven: yo soy la doncella Juana d'Arc, y vengo á daros un mensaje de parte del Rey del cielo.

El gobernador se encogió de hombros.

Juana sin desconcertarse, continuó:

— El delfín Carlos ha sido proclamado en Poitiers con el nombre de Carlos VII; pero sin embargo, el ambicioso duque de Bedford manda en toda la Francia: su ejército victorioso ocupa toda la Aquitania, el Poitou y todas las ciudades del norte del Loira, y las escasas tropas del delfín apenas alcanzan, á pesar de sus inauditos esfuerzos, á contener el paso de ese torrente devastador.

Ahora bien, señor gobernador, continuó Juana: haced decir á Carlos VII que suspenda todo ataque hasta la mitad de la próxima cuaresma, época en que Dios le enviará un socorro que le hará pacífico poseedor de su reino.

— ¿Quién le llevará ese socorro? preguntó el gobernador interesado á su pesar por los razonamientos de Juana, y creyéndola enviada del duque de Lorena, adicto al rey.

— ¡Yo! contestó la pastora: y añadió con unción repitiendo las palabras de su éxtasis:

Si quereis enviarme con una buena escolta yo libertaré á la Francia: iré á buscar á Carlos VII, y le conduciré á Reims donde será ungido.

— ¿Cómo! exclamó el feroz gobernador levantándose iracundo: ¿así abusas de mi credulidad? ¡Tú debes ser esa loca visionaria de quien hablan los pastores que venden provisiones á mis soldados! ¡La loca! ¡fuera de aquí! Y ten en cuenta, que si vuelves haré que te echen dos de mis hombres de armas, á golpes.

— Señor, observó Juana sin impaciencia, sin alterarse y con una voz perfectamente tranquila: yo no estoy loca: soy la enviada de Dios.

— ¡Ea! ¡Idos tu perro y tú! gritó de nuevo el gobernador.

— Dios abrirá vuestros ojos á la verdad, señor; dijo Juana: entonces me buscareis y yo estaré siempre pronta para servir á mi patria y morir por ella. Entre tanto, quedad en paz y perdonadme que os haya incomodado.

El gobernador á pesar de su rudeza, quedó admirado de tanta dulzura y mansedumbre.

— Espera, le dijo; ¿tienes padres?

— Sí, señor, contestó Juana con suavidad.

— ¿Y hermanos?

— Tengo dos.

— ¿De mas edad que tú?

— Sí, señor.

— ¿Querrian ser soldados de Carlos VII?

— El día en que yo empuñe el blanco estandarte de la libertad que Dios me ha mostrado, creo, señor, que me seguirán á la guerra.

El gobernador se encogió de hombros como compadecido de aquella nueva prueba de demencia: y luego, como para desviar aquel pensamiento enfermo de su círculo habitual, tornó á preguntarle:

— ¿Quieres casarte?

— No, señor; respondió Juana.

— Es que si amas á algun jóven, yo te dotaré.

— ¡Solo amo á mis padres... y á la Francia!

— ¿Sois pobres?

— ¡Mucho!

— Toma: dijo el gobernador alargando su bolsa á la pastora.

Pero esta retrocedió un paso.

— Señor, dijo noblemente: ni Santiago d'Arc ni su esposa, ni su madre, ni sus hijos, han comido jamás el pan de la limosna.

— ¡Vete en paz! repuso el gobernador volviendo á guardar su bolsa, no poco sonrojado.

Juana se inclinó en silencio y salió seguida de Ralf.

— ¡Es extraño! murmuró el gobernador: ¡esta pastora me ha hecho saltar el corazón en el pecho! ¡Hay en ella un no sé qué que me entenece... á mí!...

Y se quedó muy pensativo.

Juana entre tanto salió del palacio, despues de saludar con la cabeza á las gentes del gobernador.

A las puertas de la ciudad halló á sus padres.

Juana les abrazó dándoles gracias por su cariño y cuidado.

Estaba triste, pero grave y tranquila como siempre.

— ¿Qué hay, hija mia? le preguntó su madre.

— No han querido creerme; me han llamado loca y me han ofrecido oro: dijo la doncella con melancolía.

— ¿Y tú?... preguntó anhelante Santiago.

— Yo, padre mio, he dicho que ni Santiago d'Arc ni su familia habian comido jamás el pan de la limosna.

— ¿Y has rehusado?

— Sí.

— ¡Bien, hija mia, bien! Pero olvida tu desengaño y comamos.

Santiago extendió un paño blanco, y puso encima las provisiones.

— ¡Ay, hija mia! murmuró Isabel abrazando á Ju-

na: ¡la primera espina de tu corona de mártir se ha clavado hoy en tus sienes, y ha dejado una herida en mi corazón!

La pastora volvió á abrazar á su madre, y luego comió con ella y con Santiago con la mayor tranquilidad.

V.

Juana volvió á su casa con sus padres, y una vez en ella, á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de su calma aparente, la palidez iba reemplazando al fresco color de sus mejillas: se enflaquecía, y aunque siempre habia sido mas bien grave que risueña, poco á poco aparecieron en sus facciones las señales de una profunda melancolía.

Un mes trascurrió así, durante el cual ni una sola queja se escapó de los labios de Juana: pasaba esta el día con sus cabras, y cada vez eran mas largos los ratos de éxtasis y oración que tenia en el bosque.

La fama de sus visiones se extendió por todo el país; porque muchas veces, al pasar los pastores, la oían rezar en alta voz y conversar con algun ser invisible ó sobrenatural.

Un día volvió á casa Santiago llevando una noticia muy importante: habia oído decir que el duque de Lorena debia pasar por Domremy, pues iba en peregrinación á San Nicolás, cerca de Nancy.

Juana oyó esta nueva con indiferencia, y salió segun costumbre, con sus cabras y su perro Ralf; pero cuando á la caída del sol volvía á su aldea, oyó tocar las campanas á vuelo.

— ¿Qué pasa? preguntó al primer labrador que halló.

— Que el duque de Lorena, que iba en peregrinación á San Nicolás para recobrar su salud, se ha sentido tan agravado, que ha tenido que detenerse en la aldea.

Juana así que oyó esta respuesta, se encaminó á su casa, encerró el rebaño y se sentó á la mesa para cenar con su familia; mas no bien habia cada uno ocupado su sitio, se abrió la puerta y apareció un gallardo oficial.

— ¿La señorita Juana d'Arc? preguntó cortésmente.

— Aquí no hay ninguna señorita, caballero; contestó ásperezamente Santiago: si preguntais por mi hija, la pastora Juana, aquella es.

— Su señoría, el duque de Lorena, me ha mandado rogarle que venga conmigo á su alojamiento.

— ¿A su alojamiento? exclamó atónito Santiago: ¿y para qué?

— Lo ignoro, respondió el oficial; pero traigo orden de conducirla á su presencia.

Al decir estas palabras, mostró el oficial un pergamino escrito y sellado con las armas de la casa de Lorena.

— Yo acompañaré á mi hija, dijo Santiago: retiraos, señor oficial, y haced saber al señor duque que os seguimos, y que dentro de breves instantes estaremos en su presencia.

Retiróse, en efecto, el oficial, pasmado de la dignidad y nobleza del buen aldeano, quien, segun habia ofrecido, salió al instante con su hija encaminándose al alojamiento del duque.

Cuando llegaron estaba aquel recostado en un gran sillón que casi le servia de lecho; quejábbase dolorosamente, y las contracciones de su rostro anunciaban un sufrimiento muy agudo.

El aspecto del duque era duro y altanero: bien que en aquella época estas eran las cualidades predominantes en toda persona de alcurnia elevada: la cortesanía y la civilización no habian aun suavizado el orgullo, innato en el hombre, y su afán desmedido de dominar: todo se esperaba de la fuerza y la persuasión, ó era del todo incomprensible ó solo hallaba pechos duros, como las armaduras de acero que los cubrian.

Por eso la castidad, la pureza, la suave y sencilla dulzura de Juana admiraban á todos, y se la consideraba como á un ser de una region mas elevada que la que habitamos los míseros mortales.

No bien el duque habia entrado en la aldea, sintió que se agravaban de tal modo sus habituales dolencias, que se vió obligado á detenerse.

Acordóse entonces de que en el camino habia oído hablar á sus soldados de la loca ó la visionaria: y ya con el deseo de distraerse viendo si era aquella jóven tan extraordinaria como decian, y quizá tambien por una esperanza remota y supersticiosa de que adivinase sus padecimientos, que desde mucho tiempo antes eran en extremo acerbos, la mandó llamar, como hemos visto.

Cuando llegaron Santiago y su hija, la mirada penetrante del duque se fijó en la doncella con tanta insistencia y tan ardiente expresion, que la hizo bajar los ojos ruborizada.

Aquella confusion aumentó tanto su natural belleza, que el duque hizo un gesto de admiración.

Nada mas bello, en efecto, que aquel rostro plácido, teñido por las rosas del pudor: prestábanle sus anchos párpados, inclinados al suelo y guarnecidos de negra seda, tan sublime expresion; eran las facciones de Juana tan correctas y hermosas, y habia un no sé qué tan plácido en toda su figura, que el asombro del duque tenia disculpa, aunque estuviese expresado de una manera muy vehemente.

— Niña, dijo á la doncella: hanme contado que predices el porvenir.

— Os han engañado pues, monseñor, respondió Juana, que por una intuición admirable, dió al duque el tratamiento que le correspondia como á príncipe de la sangre.

Mordiése el de Lorena los labios, pues conoció que no podria encontrar en la rudeza de aquella villana el solaz que se habia prometido.

— ¿Cuál es pues, dijo con frialdad, el don estupendo que hace te apelliden la loca y la visionaria?

— No poseo don alguno que justifique esos apodos, monseñor, repuso Juana calmado con una dulce mirada la ira de su padre, próxima á estallar por el lenguaje insultante del duque: solo, prosiguió Juana, solo digo algunas verdades que el Dios santo, Padre de todos los hombres, me trasmite desde el cielo.

— ¿No podrias decirme algunas? preguntó el duque, cuya ironía aumentaba.

— Sí, monseñor; contestó la doncella.

— Veamos pues, y las tomaré como una muestra de tu habilidad.

— Tomadlas, monseñor, como un aviso del cielo.

— Bien está; habla.

— Pues bien, monseñor, dijo Juana mirando al duque frente á frente: vos estais muy enfermo, y para alcanzar la salud, vais en peregrinación á San Nicolás; pero tened entendido que esta peregrinación de nada os servirá mientras no cambiéis de vida.

— ¡Cambiar de vida!... ¿Yo?

— Vos, monseñor: no teneis salud y estais casi pobre, porque vuestras orgias consumen la primera, y vuestra inmensa fortuna ha pasado casi toda á poder de los judíos, que os ayudan á sostener á vuestras mancebas.

— ¡Insolente! gritó con impetu el duque de Lorena levantándose y dirigiéndose á la doncella con los puños apretados.

Luego, haciendo un violento esfuerzo para calmarse, añadió:

— Da gracias á haber nacido mujer, pues de lo contrario te haria morir en un calabozo.

(Se continuará.)

Las coronas

DEL REY GODO RECESVINTO.

Ya hemos consagrado un artículo á la descripción de las coronas de oro del rey godo Recesvinto que se encuentran en el museo de Cluny en París. Por orden del ministro de Estado, M. Du Sommerard, conservador de este museo, ha sido autorizado en marzo último para adquirir una nueva corona, que con las anteriores, eleva á nueve el número de las curiosidades de aquella época.

Esta corona ha sido hallada tambien en la Fuente de Guarrazar, cerca de Toledo. Para un arqueólogo es evidente que formaba parte de los tesoros que los reyes godos que reinaron en España en los siglos VI, VII y VIII y que tenian su capital en Toledo, debieron enterrar para librarlos de los sarracenos que en el siglo VIII invadieron aquella parte meridional de la Europa.

La forma de esta corona cuyo dibujo damos, aunque difiere un poco de las otras, pertenece sin duda á la misma época, es decir, á la mitad del siglo VII. Su círculo está formado por unas barretas de oro entrelazadas formando un enrejado. En cada enlace hay un rubí, una cornalina ó un pedazo de nácar. Cuelga de una cuádruple cadena que tiene arriba un florón de oro con un capitel esculpido. De este capitel arranca una cadena que pasando por el centro de la corona, tiene en suspenso una cruz de oro incrustada de pedrerías como las que se ven al rededor del círculo de la corona.

Las ocho primeras coronas fueron descubiertas en el mismo sitio y compradas por el museo de Cluny en 1859. La mayor tenia esta inscripción:

Recesvinthus rex offeret.

No habia mas que consultar la historia para saber que el rey Recesvinto habia reinado como rey godo en España de 649 á 672, y que era uno de los sucesores del rey Recaredo, el cual convertido al cristianismo por los obispos, se ungió en Toledo, y fué el primero que llevó el nombre de *rey Católico*. Ninguna duda podia elevarse sobre el origen exacto de esta preciosidad que parecia al cabo de doce siglos de olvido. La incertidumbre solo se presentó á los arqueólogos, cuando examinando esos tesoros quisieron decidir la cuestion de saber si esas nuevas coronas habian pertenecido todas al rey Recesvinto. Sobre que eran de la misma época, no cabia duda. Se preguntaron pues, si esas coronas enterradas cuando la invasión de los sarracenos en el siglo VIII, es decir, cerca de un siglo despues de la muerte de Recesvinto, no fueron tambien de sus predecesores y sus sucesores. Algunos han hecho otras suposiciones que vamos á examinar brevemente.

Han supuesto que las mas pequeñas pertenecieron á los hijos de Recesvinto, y que en calidad de coronas votivas debieron ser colocadas en las iglesias. De este modo una de ellas, la mayor despues de la del rey, tiene en el árbol de la cruz pectoral con que está adornada, la inscripción siguiente:

In di nomine, offeret Sonnica see Maria in Sorbaces.

Estas palabras han bastado para dividir á los sabios; unos pretenden que *Sonnica* indica el nombre de la reina, esposa de Recesvinto; pero por mas que han escudriñado la historia, no han hallado ninguna reina de este nombre. Desengañados por esta parte, y no queriendo confesarse vencidos, han emitido la opinion de que *Sonnica* fué un príncipe ó un general célebre bajo la dinastía de los reyes godos. La frase latina *Maria in*

Sorbaces, ha dado margen á otra discusion: unos afirman que *in Sorbaces* debe traducirse por *Santa Maria en los Cormales*, y otros que se debe leer: *Santa Maria sub arces* y traducir: *Santa María bajo la ciudadela*. El campo de las conjeturas es vastísimo; pero si los entendidos arqueólogos que han tomado parte en esta discusion no han fijado absolutamente el sentido de la inscripcion latina, no por eso se debe dudar de su incontestable ciencia.

De todas maneras, estas joyas de los reyes godos dan una idea del lujo y la magnificencia de los bárbaros de los siglos VI y VII, que llevaban coronas de oro de un peso de mas de 20,000 francos, incrustadas de gruesos zafiros, que aun en el día han tasado en 24,000 francos cada uno los joyeros. ¿Qué es el lujo contemporáneo comparado con este?
G. C.



CORONA DEL REY GODO RECESVINTO.

El general Chrzanowski.

El 28 de febrero último ha muerto en Paris el general Chrzanowski, que mandaba en jefe el ejército piemontés en la batalla de Novara. Su vida militar que se acabó tan tristemente habia sido gloriosa; sirvió en el ejército francés de 1809 á 1812, y fué hecho prisionero en la campaña de Rusia. Hizo la campaña de Turquía (1828-1829), á las órdenes del mariscal Diebitsch, y en 1830 fué uno de los primeros que marcharon bajo la bandera de la independencia polaca, cuando sus compatriotas intentaban una lucha heroica contra los ejércitos rusos.

Teniendo que renunciar á esta noble causa, entró al servicio de la Turquía, y mas tarde de la Inglaterra.

El desastre de Novara expuso al general Chrzanowski á muchas acusaciones; pero los hombres mas competentes aseguran que el plan de aquel infortunado general era el único posible, y que si no obtuvo un buen resultado, fué por causas especiales que en nada rebajan el mérito de este distinguido capitán.
P. P.



ALBERTO CHRZANOWSKI, general en jefe del ejército piemontés en 1849.



BAILE DADO EN TURIN A LOS DIPUTADOS ITALIANOS.